Paul M. Sweezy
Charles Bettelheim

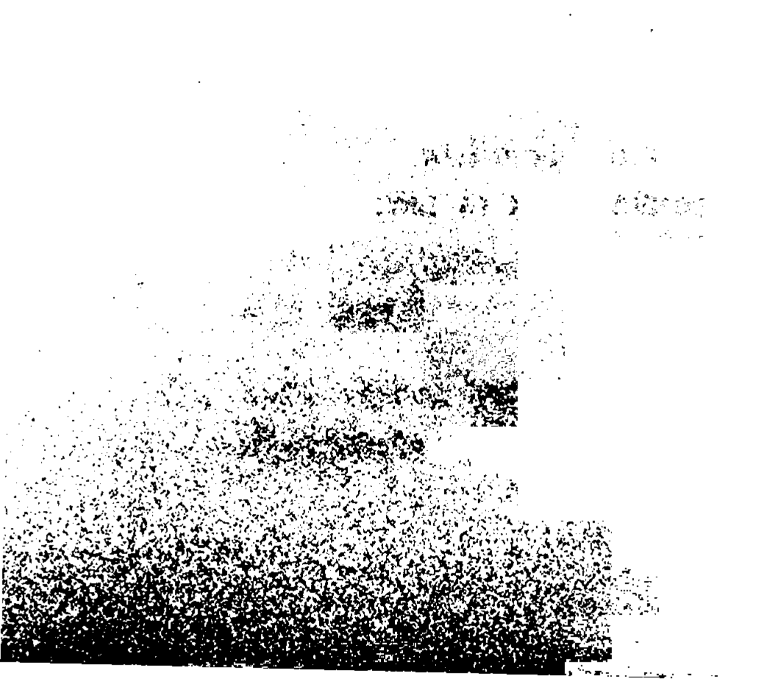
ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES DEL SOCIALISMO



ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES DEL SOCIALISMO

por

PAUL M. SWEEZY
CHARLES BETTELHEIM







siglo veintiuno editores, sa
GABRIEL MANCERA 65, MEXICO 12, D.F

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBIN 7, MADRID-33 · ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
Av. CORDOBA 2064, BUENOS AIRES, ARGENTINA

Primera edición en español, octubre 1973.
Segunda edición en español, diciembre 1973.
© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.
en coedición con
Siglo XXI Editores, S. A. (México).
Siglo XXI Argentina Editores, S. A.
Primera edición en inglés, 1971.
© Monthly Review Press.
Título original:
Letters on the Transition to socialism.
DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY.
Impreso y hecho en España.
Printed and made in Spain.
Depósito legal: M. 37.866-1973.
ISBN 84-323-0106-X.
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L.
Martínez Paje, 5. Madrid-29.

INDICE

I. CHECOSLOVAQUIA, CAPITALISMO Y SOCIALISMO

Paul M. Sweezy

Los rusos justifican su invasión de Checoslovaquia aduciendo que estaba en desarrollo una situación contrarrevolucionaria y que, sin su intervención, Checoslovaquia habría regresado al capitalismo y se habría integrado en el campo imperialista. Esta misma postura, respaldando la invasión, ha sido defendida también por otros elementos de la izquierda internacional, y en particular por Fidel Castro, hablando en nombre de la vanguardia revolucionaria cubana. En cambio, la mayor parte de la izquierda en los países capitalistas desarrollados ha defendido lo que podríamos considerar como la tesis contraria, según la cual Checoslovaquia estaba dirigiéndose hacia una auténtica forma de socialismo democrático, no teniendo la intervención soviética nada que ver con el capitalismo ni con el socialismo, y estando, por el contrario, encaminada a detener el proceso de democratización, considerado como una amenaza para el gobierno autoritario de los partidos comunistas en todo el bloque de Europa Oriental.

El punto más débil de la argumentación rusa es la afirmación de que se estaba des-

arrollando una situación contrarrevolucionaria; por el contrario, con las populares reformas de los últimos ocho meses, el sistema vigente se había fortalecido y estabilizado considerablemente. Las reformas se limitaban en gran medida a la superestructura política del sistema y no modificaban en modo alguno sus características básicas. El peligro no provenía, por tanto, de una contrarrevolución, sino de un Congreso del Partido Comunista Checoslovaco, que habría ratificado las reformas y establecido firmemente el poder a la dirección que las había promovido. Estas circunstancias proporcionan indudablemente una base sólida a la tesis de que eran esas reformas el objetivo contra el que se apuntaba la invasión soviética; y, en efecto, nada de lo ocurrido a partir del 21 de agosto contradice esta interpretación.

Sin embargo, el hecho de que se tratara de fortalecer el sistema existente y no de modificarlo, no significa que Checoslovaquia no estuviera dirigiéndose hacia el sistema capitalista. Por el contrario, la tendencia hacia el capitalismo es intrínseca al actual sistema; el control de la gestión de la empresa desde la propia empresa, la coordinación a través del mercado y el recurso a los incentivos materiales, son tres factores que, combinados, desencadenan inevitablemente una fuerte tendencia hacia un orden económico que, llámesele como se quiera, cada vez se asemeja más al capitalismo.

Algunos marxistas sostienen, ciertamente, que una sociedad no puede ser considerada

capitalista en tanto que no se halle explícitamente legalizada la propiedad privada de los medios de producción. Así, por ejemplo, en una declaración de la IV Internacional, rebatiendo la postura de Castro sobre Checoslovaquia, se afirma categóricamente que «el peligro de un establecimiento del capitalismo... sólo puede provenir de fuerzas sociales con suficiente capacidad de organización como para restablecer por la fuerza el sistema de propiedad privada capitalista» (*Intercontinental Press*, 16 de septiembre de 1969, pág. 766). Pero de este modo se confunden los conceptos jurídicos y las verdaderas relaciones de producción. Cuando las empresas son dirigidas por pequeños grupos, cuyo objetivo es la maximización de beneficios en la producción de bienes de mercado, se tiene ya lo esencial de las relaciones de producción y de las relaciones de clase propias del capitalismo. En su momento se desarrollarán las formas jurídicas adecuadas, aunque en razón de los antecedentes históricos, probablemente no se llegue a designar nada bajo la etiqueta de «propiedad privada». Y esto no sería, por lo demás, simplemente un fraude ideológico; recordemos lo que Marx escribió hace más de cien años sobre las sociedades anónimas:

«El capital, que descansa de por sí sobre un régimen social de producción y presupone una concentración social de medios de producción y fuerzas de trabajo, adquiere así directamente la forma de Capital de la sociedad (capital

de individuos directamente asociados) por oposición al capital privado, y sus empresas aparecen como empresas sociales por oposición a las empresas privadas. Es la supresión del capital como propiedad privada dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción»[1].

Si ya con el nacimiento de las sociedades anónimas el antiguo y preciso concepto de propiedad privada individual se hizo tan complejo, su complejidad se ha acrecentado aún más hoy, en la era de las sociedades multinacionales y de la propiedad estatal en gran escala. Por ejemplo, tanto en Italia como en Francia, el Estado, directamente o a través de empresas estatales, es dueño de gran parte de los medios de producción; esto constituye indudablemente todavía una forma de propiedad *capitalista*, aunque no ya bajo la forma de propiedad *privada*. Es razonable presumir que en el futuro surgirán otras nuevas formas de propiedad capitalista.

Es cierto que en Checoslovaquia las tres características mencionadas distan mucho de encontrarse plenamente desarrolladas; el sistema es todavía una mezcla de lo que a menudo se denomina «socialismo de mercado»[2]

---

1 *El Capital*, Ed. F. C. E., tomo III, pág. 415.

2 El término «socialismo de mercado» es en sí mismo contradictorio, puesto que el mercado es la institución central de la sociedad capitalista, y el socialismo es una sociedad que sustituye el automatismo ciego por un control racional. Pero esto no

y de este tipo de planificación administrativa centralizada que tuvo sus orígenes en la Unión Soviética durante el período stalinista, y que fue exportado a los demás países del bloque soviético después de la Segunda Guerra Mundial.

Pero lo esencial no es la composición exacta de la mezcla, sino la dirección en la que el sistema se mueve, y respecto a ello no cabe duda de que: *a*) el peso de los elementos de mercado ha ido aumentando en los últimos cinco años, al menos, y que *b*) uno de los objetivos de las reformas liberalizadoras de los últimos ocho meses ha sido la eliminación de los obstáculos que entorpeciesen una más amplia evolución de la economía checa hacia un sistema de mercado[3]. No es accidental el

---

significa que el término sea inadecuado: el fenómeno que designa también es contradictorio, y es precisamente esta contradicción interna la que empuja a las sociedades socialistas de mercado hacia el capitalismo. Desgraciadamente, debemos reconocer que el nivel de análisis marxista de estos fenómenos en extremo importantes es bochornosamente bajo, no sólo en los Estados Unidos, sino en toda la izquierda internacional. Aquellos que han entendido que para comprender el capitalismo es necesario investigar a fondo para descubrir los procesos y relaciones subyacentes, se conforman sin embargo con un mero análisis de las experiencias cuando se trata de sociedades socialistas. En gran parte la culpa de ello recae sobre las propias sociedades socialistas, ya que todas, sin excepción, han rehuido cualquier tipo de estudio riguroso y científico de su propia realidad.

[3] Según el breve resumen del *Business Week* (24 de agosto), el régimen de Dubcek «liberalizó la prensa, permitió mayores libertades individuales y aplicó técnicas capitalistas para reanimar la paralizada economía checa».

hecho de que una de las figuras más destacadas e influyentes del último período haya sido el profesor Ota Sik, nombrado primer ministro bajo el régimen de Dubcek. Exceptuando el economista soviético Liberman, Sik es tal vez el más famoso teórico y defensor del socialismo de mercado, y fue el principal autor del programa de reformas que se adoptó y comenzó a aplicarse parcialmente en 1964.

Si queremos saber a dónde conduce el camino tomado por Checoslovaquia, hemos de examinar el caso de Yugoslavia, que es el país que más lejos ha llegado en la línea del socialismo de mercado. El viraje de Yugoslavia hacia la economía de mercado se remonta a su ruptura con la Kominform en 1948, lo que nos proporciona una experiencia de veinte años y no de cinco solamente, como en el caso checo.

Hemos de admitir que hasta el momento han sido más bien los observadores capitalistas, y no los socialistas, los que han demostrado mayor capacidad para informar con precisión sobre los acontecimientos acaecidos en Yugoslavia, y para extraer las conclusiones necesarias, el *New York Times* publicaba el 19 de agosto de 1968, en su página financiera, el siguiente texto remitido desde Belgrado:

«El capital occidental ha establecido una base importante en Yugoslavia y está contribuyendo a transformar lo que era sólo un país esencialmente agrícola en un nuevo estado industrial.

Inversiones de empresas tan distintas como la Fiat, el gigante del automóvil italiano, y Printing Developments Inc. de New York, sucursal del Time Inc., representan a la vez las insaciables demandas de capital para nuevas inversiones y los conscientes designios de un Estado comunista de aceptar una economía de mercado, junto con la mayor parte de sus consecuencias.

De conversaciones habidas con funcionarios de Belgrado especializados en asuntos económicos, se desprende la firme convicción de que este camino será seguido por otros países de Europa Oriental.

Según su parecer, Yugoslavia es una experiencia piloto para los países del Este y un escaparate para el capital occidental. Las compañías occidentales con base en este país gozarán de enormes ventajas competitivas una vez que le hayan abierto otros mercados en la Europa del Este.

Continuado el proceso de reformas que ha transferido del Estado a las empresas mismas la dirección de éstas, e introducido el régimen de mercado libre y el estímulo de la ganancia, Yugoslavia ha promulgado hace un año una ley igualmente revolucionaria, orientada a atraer el capital extranjero.

Esta ley fue aprobada pese a la gran oposición que encontró entre aquellos que temían que el capital occidental dominara los sectores clave de la economía.

Previniendo tal eventualidad, se ha prohibido que la participación del capital extranjero

sobrepase el 49 por 100 en cualquier empresa yugoslava.

Las empresas yugoslavas son dirigidas por los mismos obreros por medio de Consejos de trabajadores, que a su vez designan una Junta de especialistas —contables, ingenieros de producción...— para dirigir su fábrica.

Al principio, las empresas extranjeras oponían recelos a su participación, porque pensaban que su posición minoritaria no les permitiría ningún control directo sobre sus inversiones.

En seminarios organizados en este país para empresarios occidentales, los funcionarios yugoslavos se han esforzado en mostrar que existen vías para esquivar esta dificultad; como, por ejemplo, la de confiar al inversor extranjero el control de los costes de producción.

Se permite que los extranjeros transfieran los beneficios fuera del país, a condición de que dejen un 10 por 100 en depósito en un Banco yugoslavo; igualmente pueden vender su participación a otras compañías extranjeras, siempre que la oferta sea hecha en primer lugar a la compañía yugoslava.

Esta ley ha producido ya resultados sorprendentes. Fiat, que está proporcionando actualmente tecnología y gran parte del material a una gran fábrica de automóviles soviética, invirtió 10 millones de dólares en una empresa yugoslava, Crvena Zastava (Bandera Roja), que fabrica coches Fiat bajo licencia.

American Company, según información publicada en este país, se ha asociado con Beo-

gradski Graficki Zavod (Compañía Gráfica de Imprenta de Belgrado) para imprimir en color utilizando un nuevo equipo de procesar especialmente rápido, importado de los Estados Unidos.»

Naturalmente, se puede decir que todo esto se refiere a Yugoslavia y no prueba que Checoslovaquia esté siguiendo el mismo camino; realmente, sin duda, sería imposible aportar pruebas suficientes para convencer a quienes han adoptado ya otro punto de vista. El análisis de la realidad social siempre se ve complicado por el hecho de que las tendencias que surgen, aunque en un futuro lleguen a ser predominantes, tienen un comienzo insignificante y pueden, por ello, ser ignoradas o menospreciadas por quienes hayan decidido de antemano ignorarlas o menospreciarlas. Lo que podemos afirmar es que Checoslovaquia ha dado más de un paso en el camino iniciado por los yugoslavos, y que en los meses precedentes a la invasión había indicios claros de una aceleración en dicho sentido. Ya se habían negociado acuerdos con empresas extranjeras para construir fábricas en Checoslovaquia (por ejemplo, el trust italiano del petróleo, ENI, está construyendo una fábrica de industria química en Checoslovaquia, según informaba el *Business Week* en su número del 31 de agosto). Se congregaban en Praga tantos empresarios extranjeros que estaba normalmente reservado por lo menos un hotel casi exclusivamente para ellos; y tanto en Praga como

en los centros financieros occidentales circulaban insistentes rumores —aparentemente bien fundados— de que se estaba negociando un crédito de 500 millones de dólares para facilitar la importación de Occidente de los bienes de equipo y las técnicas más modernas. Tal vez todo esto no sea significativo, o tal vez las consecuencias de abandonarse a un sistema de mercado y de desarrollar relaciones cada vez más estrechas con los países capitalistas dé lugar en Checoslovaquia a algo diferente de lo que se ha producido en Yugoslavia. Es posible pensarlo así, pero hasta ahora no sé de ningún argumento de peso que pueda abonar tales conclusiones.

Debemos señalar que no se deduce de esto que los reformadores checos —ni siquiera los yugoslavos— se estén dirigiendo deliberadamente hacia el capitalismo, o que estén adoptando una actitud hipócrita y falsa cuando dicen que se esfuerzan por lograr un socialismo democrático. El marxismo nos enseña a juzgar a las personas no por sus intenciones, sino por sus actos y las consecuencias probables de sus actos. Lo que afirmamos es que cuando se fortalece el sistema de mercado en vez de luchar contra él, se está, independientemente de las intenciones, promoviendo el capitalismo y no el socialismo[4].

---

[4] El trabajo marxista más importante (y más olvidado) sobre este abanico de materias es el de E. PREOBRAZHENSKY, *La nueva Economía* (Trad. cast.: Editorial Ariel, 1970), publicado originalmente en la Unión Soviética los años 20 y dado a conocer recien-

¿Puede deducirse de lo anterior que fue el hecho de que Checoslovaquia estuviese dirigiéndose hacia el capitalismo la causa de la intervención soviética? En modo alguno; la verdad es que todo el bloque de Europa Oriental, incluyendo la Unión Soviética, ha seguido y sigue el mismo proceso que Yugoslavia y Checoslovaquia. Ese es el verdadero significado del movimiento de reforma económica que en distintos grados y con distintos ritmos ha implicado a todos los miembros del bloque. En todas partes el antiguo sistema de centralismo burocrático se estaba enfrentando con crecientes dificultades —apatía general, productividad decreciente y estancamiento económico eran, entre otros, los síntomas, manifiestos en todo el área, de una crisis inminente—. Dos respuestas eran posibles: la primera respuesta podía ser una revolución cultural, en el sentido específico que los chinos han dado a este término; una campaña general para movilizar a las masas, elevar el nivel general de conciencia política, revitalizar los ideales socialistas, y responsabilizar de un modo creciente a los propios obreros de las decisiones a todos los niveles. La otra respuesta consistía en confiar cada vez más en el régimen de mercado y en el estímulo de las ganancias. Por ra-

temente por una traducción inglesa (Oxford University Press, 1965). Preobrazhensky era miembro de la Oposición de Izquierda y fue asesinado durante las purgas stalinistas. Consultar también el análisis del sistema yugoslavo en *Peaceful Transition from Socialism to Capitalism?*, Monthly Review, marzo de 1964.

zones que se remontan a la historia de la Unión Soviética y del Movimiento Comunista, no existía partido ni grupo capaz de poner en práctica la primera alternativa. Por tanto, la segunda vía fue adoptada, no porque las burocracias tuvieran especial preferencia por los métodos capitalistas, sino porque no veían otra forma de mantener su poder y sus privilegios. El precio que deberán pagar, les guste o no les guste, sean o no conscientes de ello, es el colocar a sus países en el camino de retorno hacia sociedades esencialmente capitalistas.

Fidel Castro, en su discurso del 23 de agosto sobre la invasión de Checoslovaquia, decía, refiriéndose a un artículo de *Pravda:*

«El artículo dice así: "El PCUS perfecciona constantemente el estilo, las formas y métodos de la construcción del partido y del Estado —resalta *Pravda*—. Esta misma labor se lleva a cabo en otros países socialistas; se lleva a cabo con tranquilidad, partiendo de los fundamentos del sistema socialista."

Pero es muy interesante este señalamiento. Dice: "Por desgracia, fue sobre otra base que se desenvolvió la discusión sobre las cuestiones de la reforma económica en Checoslovaquia. En el centro de dicha discusión fue presentada, por una parte, la crítica global de todo el desarrollo precedente de la economía socialista; por la otra, la propuesta para sustituir los principios de planificación por relaciones mercantiles y espontáneas, concediendo

un amplio ámbito de acción al capital privado."

¿Acaso esto significa que en la Unión Soviética van a poner también freno a determinadas corrientes que en el campo de la economía son partidarias de poner cada vez más el acento en las relaciones mercantiles y en los efectos de la espontaneidad en esas relaciones? ¿A esos criterios que incluso han estado difundiendo la vigencia del mercado y el efecto beneficioso de los precios de ese mercado? ¿Significa que se toma conciencia en la Unión Soviética de la necesidad de poner un freno a esas corrientes? Puesto que existe más de un artículo de la prensa imperialista donde con júbilo hablan de esas corrientes que se han hecho también presentes en el seno de la Unión Soviética.»

Me atrevería a decir que Fidel sabe tan bien como cualquiera que el artículo en *Pravda* trataba de marcarse un tanto y no de señalar un cambio fundamental en la política soviética. El hecho es que las decadentes burocracias del bloque soviético han ensayado el único tipo de planificación centralizada que pueden concebir y han comprobado que ésta no satisface las necesidades y expectativas de sus pueblos. No tienen otra alternativa que volver de nuevo a los métodos del capitalismo; y al hacerlo así han entrado en un callejón sin salida que, por muy largo que sea, sólo puede tener un destino.

No, la invasión soviética de Checoslovaquia

no trataba de controlar el viraje iniciado hacia el capitalismo. Este viraje se ha producido en ambos países y seguirá produciéndose mientras no ocurra algo mucho más drástico que un programa de reforma liberal como el que ha conocido Checoslovaquia en los últimos ocho meses. Lo que temían los dirigentes de la Unión Soviética —y tenían todas las razones para temer— era la doble amenaza que se cernía sobre sus intereses personales y sobre los intereses del estrato gobernante nacional que ellos representan.

La amenaza a sus intereses personales era clara. Las reformas liberalizantes en Checoslovaquia resultaban extremadamente populares en el país, por razones obvias. Si uno ha permanecido encarcelado mucho tiempo, su primer objetivo no es cambiar el sistema, sino salir de la prisión. Esta era esencialmente la situación del pueblo checoslovaco: ante todo querían salir de la prisión y esto significaba deshacerse del régimen de Novotny con todos sus rasgos represivos y repugnantes. Lo lograron con sorprendente facilidad. Insospechadamente, el partido comunista se hizo eco del sentir popular; los dirigentes fieles a la antigua línea fueron cogidos por sorpresa y tuvieron que abandonar el poder sin ocasión siquiera para presentar batalla. Para los gobernantes de la Unión Soviética y de los otros países del bloque, cuyos pueblos permanecen también encarcelados (y en el caso de la Unión Soviética desde hace mucho más tiempo), esto no podía dejar de ser un ejemplo aterrador

Si Novotny y los suyos podían ser expulsados sin ninguna ceremonia, lo mismo podía ocurrirles a ellos. Desde su punto de vista era por tanto esencial, no sólo estrechar el control en sus propios países, sino demostrar también que Checoslovaquia no quedaría después de todo impune. Desde su punto de vista, esta sola consideración era probablemente suficiente para justificar la invasión.

Pero había otra razón que afectaba de manera especial a los dirigentes soviéticos, dada la posición dominante que ocupan en el conjunto del bloque. Al aumentar la importancia del sistema de mercado en el área, crece también la atracción ejercida por las economías de mercado de Occidente, más poderosas en este terreno. Una vez que los conceptos de beneficio y eficacia han sido promovidos en los niveles de empresa y fábrica, al status de valores supremos, es inevitable que la administración de las empresas busque una relación más estrecha con quienes dominan y saben poner mejor en práctica estos valores. En esta situación forzosamente ha de aumentar la demanda de comercio, de tecnología, de financiación y, finalmente, de inversiones de los países capitalistas desarrollados. Yugoslavia es un claro ejemplo de este proceso y de cómo dicho proceso conduce al país más débil a someterse progresivamente al dominio del más fuerte. Si consideramos al bloque en su conjunto, todo lo anterior significa la formación de fuerzas centrífugas muy poderosas que, si no son controladas, darán lugar a un proceso

acelerado de desintegración. Sin duda, para la capa gobernante en la Unión Soviética esto representa un grave peligro. El bloque ha sido estructurado económica, política y militarmente para servir a aquel grupo y a sus intereses nacionales.

Se les ha asignado, por ejemplo, a Checoslovaquia y a Alemania Oriental, por ser regiones industriales relativamente desarrolladas, actividades económicas adecuadas a las necesidades de la economía soviética. (En qué medida estas relaciones son también de explotación, es una cuestión importante, pero no crucial, para el problema que ahora estamos tratando.) Es obvio que los dirigentes soviéticos consideran vital para su seguridad militar el mantenimiento del Pacto de Varsovia. En estas circunstancias es fácil comprender por qué los hombres del Kremlin están dispuestos a utilizar cualquier medio necesario para mantener unido el bloque. Y, dado que su poder político y económico está siendo constantemente erosionado y ya no basta para realizar esta tarea, se han visto obligados a recurrir abiertamente al empleo de la fuerza armada.

En último análisis, la invasión de Checoslovaquia fue prueba de la debilidad soviética frente a la creciente crisis de todo el bloque. ¿Puede tener éxito esta medida? A corto plazo, sin duda. El proceso de liberalización de Checoslovaquia ha sido frenado y puede ser detenido completamente por cierto tiempo; se han controlado las fuerzas centrífugas que tendían a desintegrar el bloque. Pero a largo plazo, la

fuerza militar es absolutamente incapaz de enfrentarse con los problemas económicos y políticos. Fueron estos problemas los que provocaron la crisis y sin duda provocarán nuevas y mayores crisis en el futuro.

Mientras tanto, el comunismo ortodoxo orientado por Moscú ha sufrido un desastre del que tal vez nunca se recupere. Una carta recibida hace unos días de un antiguo amigo austriaco resume muy bien la situación en lo que a Europa se refiere:

«Como sin duda sabes, he pertenecido a esa pequeña minoría de socialistas de izquierdas que no se resignaban a romper los últimos lazos (tanto ideológicos como políticos) que nos unían al "glorioso" partido ruso. Continuábamos esperando que algún día, de alguna forma, tendría lugar una explosión radical que permitiera el resurgimiento de las viejas tradiciones leninistas.

Sería estúpido mantener hoy estas esperanzas. Ayer, Ernst Fischer (dirigente intelectual del partido comunista austriaco) hizo un llamamiento a la Izquierda para que se aleje de los hombres del Kremlin y emprenda su propio camino. Me pregunto si los partidos comunistas occidentales prestarán atención al llamamiento de Fischer. Si no lo hacen, en mi opinión, tendrán que enfrentarse con una extinción, lenta, pero inevitable.»

Si esta apreciación tiene fundamento, la crisis checa marca el principio del fin de la in-

fluencia política e ideológica de Moscú en los países capitalistas desarrollados. O los partidos comunistas lo reconocen y tratan de adaptarse a la situación, o perderán la partida. Considerando sus antecedentes históricos, es dudoso que consigan adaptarse con éxito; pero en cualquier caso, la era de la dirección moscovita está llegando a su fin.

Fuera del mundo capitalista desarrollado, el impacto será menos dramático, debido exclusivamente a que en estos otros países, desde hace tiempo, los partidos comunistas ortodoxos han ido languideciendo y han surgido nuevas fuerzas revolucionarias inspiradas en China o —por lo que toca a Latinoamérica— en Cuba.

En lo que a Cuba se refiere, el discurso de Fidel defendiendo la invasión difícilmente contribuirá a realzar el prestigio de la Revolución Cubana. Pero no sería justo juzgar el discurso exclusivamente por ese aspecto. La mayor parte de las tres páginas y media que el tema ocupó en el número de *Granma* del 25 de agosto estaban dedicadas a una rigurosa y penetrante crítica del socialismo practicado en Europa Oriental y a la política internacional soviética. Por lo demás, Cuba será juzgada en el movimiento revolucionario internacional más por las realizaciones prácticas de su política interior y exterior que por las declaraciones de sus dirigentes. Y en lo que a lo primero se refiere, su balance ha sido y continúa siendo extraordinariamente bueno para un pequeño país relativamente aislado y sometido

a todos los avatares de un implacable bloqueo imperialista.

Finalmente, bien puede resultar que el principal beneficiario de la crisis checoslovaca sea China, que denunció la invasión en los términos en que debía ser denunciada, sin caer en las ingenuidades de la teoría que nos daba la imagen de una Checoslovaquia encaminada hacia algún tipo de utopía socialista democrática. En el análisis que hace China de la situación política internacional hay muchos puntos que nunca han podido ser aceptados por el equipo de la *Monthry Review* —por ejemplo, el modo de considerar la actividad de la Unión Soviética en asuntos internacionales como si derivase únicamente de la responsabilidad de una «camarilla de renegados revisionistas» y no como producto de cinco décadas de historia soviética, y el calificar a todos los países del bloque soviético como sociedades plenamente capitalistas, y no como sociedades en transición hacia el capitalismo. Se trata de típicos errores chinos que a menudo conducen a consideraciones y conclusiones falsas. No obstante, el análisis chino del caso checoslovaco, tal como ha sido expuesto, por ejemplo, por «Comentador» (seudónimo tras el que se supone a un alto funcionario del Partido Comunista chino) en el *Diario del Pueblo* del 23 de agosto, es claro y conciso.

«El hecho de que la camarilla de renegados revisionistas soviéticos haya puesto en movimiento el Ejército es el resultado de las graves

contradicciones existentes en el seno del actual bloque revisionista. Es el resultado de las agudas contradicciones existentes entre el imperialismo de los Estados Unidos y el actual revisionismo soviético, en su lucha por el control de Europa Oriental. Es el resultado de la colaboración entre los Estados Unidos y la Unión Soviética en su vano intento de volver a repartirse el mundo. Durante mucho tiempo han existido profundas contradicciones y una dura lucha entre la camarilla de renegados revisionistas soviéticos y las camarillas revisionistas de los países de Europa Oriental. Desde el momento en que subieron al poder Kruschef y su camarilla de renegados revisionistas, han pactado vergonzosamente, una y otra vez, con el imperialismo de los Estados Unidos. Sin embargo, los revisionistas soviéticos consideran que Europa Oriental está dentro de su campo de influencia y por ello prohíben a los revisionistas checoslovacos que mantengan una colaboración directa con el imperialismo de los Estados Unidos.» (*Agencia Nueva China*, 23 de agosto.)

El movimiento revolucionario internacional, especialmente en los países subdesarrollados, retendrá probablemente más las verdades contenidas en esta declaración que sus exageraciones. Después de todo, para propagar la verdad, algunas veces puede ser necesario exagerar.

(15 septiembre 1968.)

II. LA TRANSICION DEL CAPITALISMO AL SOCIALISMO

Charles Bettelheim

He leído con gran interés su artículo titulado «Checoslovaquia, capitalismo y socialismo», en el número de octubre de 1968 de la *Monthly Review*. En él he encontrado numerosas proposiciones importantes y justas; especialmente su afirmación de que las reformas checoslovacas reforzaban el sistema existente, subrayando que se trataba de un paso más en la vía capitalista (usted dice: «en dirección al capitalismo»); constituye también una referencia indispensable su denuncia de la confusión entre las *categorías jurídicas* y las *relaciones de producción reales*, así como su precisión respecto a que la propiedad capitalista no es necesariamente propiedad «privada» (por mi parte creo que en este caso quizá sería mejor hablar de propiedad «individual», puesto que la propiedad capitalista en tanto que relación social es siempre propiedad «privada» —la de una clase— aún cuando revista una forma jurídica «social»; creo que cuando Marx habla de «la supresión del capital como propiedad privada, dentro de los límites del mismo régimen capitalista de producción», se refiere precisamente a la propiedad «privada» *en el sen-*

tido jurídico): igualmente me parecen muy justas algunas de las conclusiones a las que usted llega particularmente cuando dice que «en último análisis, la invasión de Checoslovaquia fue prueba de la debilidad soviética frente a la creciente crisis de todo el bloque».

No obstante, este texto admite también algunos desarrollos que me parecen equivocados y que deseo discutir. Voy a limitarme a dos problemas fundamentales: 1) el problema de la naturaleza del socialismo, y 2) el problema de las raíces de estas tendencias a la restauración del capitalismo (y, por consiguiente, del origen de esta restauración allí donde ya ha tenido lugar visiblemente, como en Yugoslavia).

Comenzaré por este segundo punto.

En lo esencial, su tesis parece ser la siguiente: la tendencia a la restauración del capitalismo tiene su «origen» en el papel atribuido al *mercado*, en el lugar concedido a los *incentivos materiales* y en las «*formas de organización*». (Lo que usted denomina el control de las empresas «desde las empresas mismas»).

Por mi parte pienso que esta enumeración no señala más que «hechos secundarios», *indices o resultados*, y no el *factor decisivo*.

En mi opinión, el *factor decisivo*, es decir, *dominante*, no es de naturaleza *económica*, sino *política*.

Este factor político decisivo (cuya importancia, desgraciadamente, parece negar usted en las últimas páginas de su artículo está constituido por el hecho de que el proletariado

(soviético o checoslovaco) *ha perdido el poder político en provecho de una nueva burguesía*, de tal modo que la dirección revisionista del Partido Comunista de la *Unión Soviética* es hoy el instrumento de esta nueva burguesía.

Solo reconociendo que el proletariado ha perdido el poder puede *explicarse* la invasión de Checoslovaquia, la política internacional de la U. R. S. S. (la naturaleza de sus relaciones con los Estados Unidos por una parte y con China por otra), las «reformas» y los resultados hacia los que estas reformas tienden (el pleno desarrollo del «mercado» y la dominación económica, política e ideológica sobre las masas que las formas mercantiles permiten).

El colocar como factor principal —como hace usted— no las relaciones de clase (la existencia de una burguesía propietaria «colectivamente» de los medios de producción), sino las relaciones *mercantiles*, me parece que reposa en un error de principio, que conduce a su vez a toda una serie de otros errores.

El error de principio es el mismo que usted denuncia hacia el final de la nota 2 de su artículo, cuando dice que para comprender lo que es un modo de producción (o lo que es una formación social) es necesario ahondar profundamente «por debajo de las apariencias» para sacar a la luz las relaciones y los procesos ocultos. Ahora bien, detenerse en la existencia de un «mercado» (y por tanto, de dinero y precios) para definir la naturaleza de una formación social, es precisamente detenerse en la *superficie*, en lo que es inmediatamente «apa-

rente» y, por consiguiente, no llegar a las relaciones profundas. Estas se sitúan al nivel de la producción, es decir, de las relaciones sociales fundamentales. Es el sistema de estas relaciones el que produce unos *efectos* determinados (económicos, políticos, ideológicos) sobre los agentes de producción. Uno de esos efectos esenciales pueden ser el de distribuir a los agentes en *clases sociales* y colocar estas clases en unas *relaciones objetivas determinadas* (de dominación, de explotación, etc.).

La práctica (económica, política, ideológica) de los *agentes*, y especialmente de los dirigentes políticos, no puede explicarse más que partiendo del lugar que ocupan en el sistema de relaciones sociales.

El error de principio que consiste en detenerse en los fenómenos superficiales [1], en la existencia de un mercado, de dinero y de precios (que también existían antes del XX Con-

---

[1] Creo que puede decirse que en el análisis de una formación social hay dos tipos de «errores» (es decir, de enfoques ideológicos) en los que se corre fácilmente el riesgo de caer. Uno consiste en «limitar» el «análisis» a las *formas jurídicas* (éste es el error que usted denuncia); el otro consiste en «limitar» el «análisis» a las *formas económicas* (es éste el que usted comete, y que afecta también al discurso de la economía política, que no se preocupa más que de las *formas:* el intercambio, el dinero, los precios, el mercado, etc.).

En ninguno de los dos casos se procede a un verdadero análisis, puesto que, precisamente, no se va más allá *de las formas*, es decir, de lo que es «manifiesto», mientras que el análisis debe evidenciar lo que está «oculto» y que lo manifiesto disimula (aún «revelándolo»).

greso y que existen en todos los países socialistas) y en la práctica de los dirigentes con respecto al «mercado» (práctica que precisamente sería necesario explicar), este error conduce inevitablemente a otros errores.

El más grave concierne al problema de la naturaleza del socialismo; por ello quisiera detenerme en algunas de sus formulaciones.

Muy acertadamente condena usted el término de «socialismo de mercado» (*market socialism*), pero las razones que invoca para pronunciar esta condena no me parecen teóricamente fundadas.

Es justo oponerse al uso del término «socialismo de mercado», precisamente porque este término pone el acento, de modo unilateral, en la existencia de formas mercantiles en la sociedad socialista. Ahí se encuentra el índice del carácter ideológico de esta expresión, precisamente en el índice de una ideología favorable a un amplio desarrollo de las relaciones mercantiles, aun cuando tal desarrollo (que no es posible más que bajo el dominio de una burguesía) conduce a la plena restauración del capitalismo.

Pero las críticas que usted formula son otras.

Por una parte, lo que usted denuncia no es el *desarrollo* de las relaciones mercantiles más allá de un cierto punto, sino la *existencia* misma de estas formas mercantiles; además usted *aísla* esta existencia haciendo abstracción por consiguiente de las *condiciones sociales y políticas* que permiten el pleno desarrollo de

las formas mercantiles. De este modo concede usted toda la importancia a esas *formas*, que se plantean sin referencia a las condiciones sin las que es imposible explicitar su significación. De este modo —prosiguiendo ahora con la proposición que antes enuncié— privilegia usted un hecho secundario, un hecho superficial, y deja en la sombra lo que es esencial, primordial, las relaciones sociales fundamentales, las relaciones de clases.

Por otra parte —y esto es consecuencia del punto precedente—, su argumentación encierra, en mi opinión, una confusión importante. Usted dice que el término «socialismo de mercado» es «contradictorio». Desde el punto de vista formal, esto no es un argumento, evidentemente, puesto que toda realidad es contradictoria. De manera que el único problema es el de saber si la expresión verbal de una realidad y de las contradicciones que la caracterizan *es o no es adecuada*, es decir, si estas contradicciones son *analizadas* en términos científicos o si únicamente son mostradas en términos ideológicos.

En cuanto a la contradicción que es el objeto de esta discusión, y que usted designa como revistiendo la forma de una contradicción entre el «plan» y el «mercado», ya el hecho mismo de que sea una contradicción de la práctica indica que no es ni una contradicción «verbal» ni una «contradicción ideológica» (en el sentido de una contradicción interna a una cierta «concepción» ideológica del socialismo), sino que expresa, en *términos que siguen siendo*

todavía ideológicos, una contradicción *real*, efectiva.

De igual modo (y es ahí donde creo que se encuentran las raíces de nuestro desacuerdo), la contradicción «plan»/«mercado» es el índice de una contradicción esencial del socialismo en tanto que forma de *transición* o de *paso*, una contradicción que es el *efecto de superficie* provocado por una contradicción más profunda, por la contradicción fundamental de la forma de transición, que se sitúa evidentemente al nivel de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas.

Aun cuando en ciertos casos esta contradicción de superficie se convierte en contradicción principal, en ningún caso puede ser tratada correctamente si no se la pone en relación con la estructura de las relaciones de producción y de las fuerzas productivas.

Lo anterior significa que la contradicción entre «mercado» y «plan» permanece a lo largo de todo el período de transición entre el capitalismo y el comunismo.

Lo que caracteriza al socialismo en oposición al capitalismo no es (como sugiere su texto) la existencia e inexistencia de relaciones mercantiles, de dinero y de precios, sino la existencia de la dominación del proletariado, la existencia de la dictadura del proletariado. A través del ejercicio de esta dictadura en todos los terrenos, económico, político e ideológico, es como pueden ser progresivamente eliminadas las relaciones mercantiles, por medio de medidas *concretas*, adaptadas a una

situación y a una coyuntura concretas. Esta eliminación no puede ser ni «decretada» ni «proclamada». Exige una *estrategia* y una *táctica* políticas. Si éstas faltan, las más hermosas proclamas pueden conducir al resultado inverso de aquello que se afirma (y piensa) querer alcanzar.

La idea de una «abolición directa» e «inmediata» de las relaciones mercantiles es tan utópica y peligrosa como la idea de una «abolición inmediata» del Estado, y *es de la misma especie:* hace abstracción de las características específicas (es decir, de las *contradicciones específicas*) de este período de transición que es el período de la edificación del socialismo.

El «sentido» de la evolución a nivel de las *formas* (el desarrollo o retroceso de las formas mercantiles) es un *índice* de la evolución de las relaciones sociales, pero sólo es *un índice.* Por tanto, «limitarse» a este índice —sin poner en evidencia el movimiento de las contradicciones que determinan esta evolución— puede ser completamente engañoso. En determinadas circunstancias el proletariado en el poder puede verse obligado también a *retrocesos* estratégicos o tácticos en el frente económico.

Por supuesto, la primera condición para que estos *retrocesos* no se conviertan en *extravíos* es la de que sean pensados claramente como tales y no sean pensados (y «presentados») como «victorias», puesto que lo que finalmente se pretende es la desaparición completa de

as relaciones mercantiles, desaparición que no s posible sin duda más que con la desaparición del Estado, lo que a su vez sólo podrá er alcanzado con el establecimiento del conunismo a escala mundial.

Si en la Unión Soviética la restauración de na dominación burguesa viene acompañada le una ampliación del papel del mercado es videntemente porque esta dominación no lega a ser completa («acabada») más que con a plena restauración de las relaciones mercaniles; por ello esta restauración no puede enenderse más que como un efecto, como un enómeno de segundo orden, y no como un enómeno primario.

La afirmación según la cual la existencia de a «contradicción» «mercado»/«plan» impulsa acia la restauración del capitalismo (como se nuncia en la nota precedentemente citada), ne parece un nuevo error, «transformación» lel anterior.

En realidad, esta contradicción, a nivel de as formas no «impulsa» hacia nada. *Todo deende del modo como se la trate,* y este modo lepende él mismo de las relaciones de clase, ncluso a nivel ideológico.

Añadiría que si creo útil presentar estas críicas, es debido a que las formulaciones que sted propone —y que no es usted el único en roponer (se encuentran también de un modo special en los discursos de Fidel y en los esritos del «Che»)— terminan objetivamente or producir *efectos de oscurecimiento ideoógico.*

En efecto, por medio de estas formulaciones se oculta el problema esencial del socialismo —el problema del poder— cuya defensa puede incluso exigir, como señalaba más arriba, en ciertas condiciones, retrocesos en el frente económico (por ejemplo, la N. E. P.). Si tomásemos sus fórmulas al pie de la letra resultaría que Lenin, al pronunciarse en favor de la N. E. P., es decir, «reforzando el mercado», habría actuado «a favor del capitalismo».

El efecto de oscurecimiento ideológico debido a la formulación que critico se manifiesta en particular en el análisis que usted propone de las «reformas económicas». Al leer este análisis se tiene la impresión de que, en el momento de decidir sobre estas reformas, los dirigentes soviéticos habrían podido «elegir» entre dos «técnicas»:

«La primera respuesta podía ser una revolución cultural, en el sentido específico que los chinos han dado a este término... La otra respuesta consistía en confiar cada vez más en el régimen de mercado y en el estímulo de las ganancias.»

Pero aquí no se trata de una «elección» entre dos técnicas que permitirían a la economía «progresar», sino de una *línea de demarcación* que separa dos políticas, dos clases.

Por supuesto que el problema que queda por resolver, a nivel histórico, es el del pro-

ceso concreto que ha hecho posible la reconstrucción, en la Unión Soviética, de una clase burguesa poderosa y su acceso al poder político. En efecto, el XX Congreso no hubiera podido tener el contenido que tuvo ni desencadenar los efectos que desencadenó si no hubieran existido *con anterioridad* unas relaciones sociales desfavorables a la dictadura del proletariado. Por otra parte, esto demuestra claramente que el desarrollo de estas relaciones sociales no estuvo «determinado» por el desarrollo del mercado, sino que —al contrario— aquel desarrollo fue *anterior* a éste.

Sin embargo, a nivel teórico (y en este punto estoy también en desacuerdo con su artículo), los textos del Partido Comunista Chino sobre la Revolución Cultural, sus objetivos y sus métodos, ponen en claro las condiciones *ideológicas* y *políticas* que deben ser realizadas para oponerse con éxito a una restauración burguesa. Evidentemente, estos textos no son sólo teóricos, contienen también numerosas indicaciones *concretas* que se refieren a las condiciones *concretas* de China. Estos textos no pueden ser «aplicados» mecánicamente en otro lugar, pero su base teórica tiene un valor universal.

Yo añadiría que en circunstancias históricas dadas el efecto de oscurecimiento de que he hablado antes se ve reforzado por un efecto de desplazamiento; esto tiene lugar cuando las posiciones ideológicas que provocan este efecto de oscurecimiento «alimentan» una *práctica política*. Pienso que éste es el caso de la prác-

tica política de la dirección cubana, a la que creo necesario dedicar ahora unas palabras.

Si la dirección cubana concede tanta «importancia» a los problemas de las relaciones mercantiles que llega a hacer de esta cuestión el centro de su concepción ideológica y de su práctica política, no puede ser solamente la consecuencia de un «error» subjetivo. Yo diría que es el efecto de *una ideología y de una política* que concentran todo el poder en las manos de un grupo dirigente, y que de este modo no crean las condiciones necesarias para el ejercicio democrático del poder proletario (ni las condiciones ideológicas, ni las condiciones organizativas, ni las condiciones políticas).

Por una parte, esta práctica política tiene una significación de clase que no puede ser analizada aquí y sobre la cual diré solamente que está ligada a la dominación política de una fracción «radicalizada» de la pequeña burguesía. Por otra parte produce unas *consecuencias necesarias*, es decir, unas consecuencias que se imponen necesariamente a un gobierno que *se reclama* socialista.

Una de estas consecuencias consiste, precisamente, en un *desplazamiento ideológico*: la *identificación* del socialismo *no con la dictadura del proletariado* (y por consiguiente con el poder de las masas trabajadoras, con el dominio de la ideología marxista-leninista, con la práctica por parte de la dirección revolucionaria de una línea de masas, etc.), sino con la «desaparición» de las relaciones mercantiles.

Esta «desaparición» es con toda evidencia

uramente *mítica,* ya que no puede tener lugar n las condiciones concretas dadas donde exisen necesariamente dinero y precios, de modo ue el hecho de «negar» esta existencia conuce a un resultado inverso del pretendido, y n particular, al desarrollo de un mercado nero. A pesar de los discursos y la represión, os efectos de las relaciones reales acaban iempre por imponerse.

Al *sustituir* la necesaria dictadura del proleariado por el mito de la «desaparición» del nercado, del dinero, etc., se está realizando, videntemente, una determinada *línea política,* na línea que corresponde a unas *fuerzas soiales* y a una *ideología* precisas.

Los discursos de la dirección cubana[2], y esecialmente el discurso de Fidel del 23 de agos-

---

[2] El *análisis* político exige evidentemente que nuna se tomen los discursos ideológicos al pie de la etra. Tampoco en este caso hay verdadero *análisis* i no se ve más allá de la superficie del discurso, s decir, de su sentido *manifiesto,* para descubrir su entido, que los términos del discurso a la vez disimuan y revelan. Es sabido que este descubrimiento exic ante todo la localización de los pasajes del disurso en los que se produce una «recuperación», asajes que constituyen los «puntos críticos». Evientemente, tales «puntos críticos» son distintos seún las ideologías de que se trate, pero a menudo e presentan en forma de «mitos», que son los símboos de *lo impensado,* temas obsesivos y pasionales ue deben ser analizados para que liberen un sentido ue es diferente del que manifiestan —sentido que stá tan «ausente» en la conciencia del autor del iscurso como en la del oyente o el lector que interreten ingenuamente su sentido literal.

En los discursos de la dirección cubana, sobre todo partir de 1964, estos temas obsesivos y míticos los

to de 1968, lo confirman: lo que la dirección cubana «critica» de la evolución que tiene lugar en la Unión Soviética y en los países del Pacto de Varsovia, no es la restauración de una dictadura burguesa, ni tampoco la ausencia de democracia proletaria y de una línea de masas, lo que se critica son *únicamente algunos efectos* de una dominación de clase *que precisamente no se pone en tela de juicio.*

Y si no se cuestionan, es debido a que la misma dirección cubana no los *percibe.* Y si no los percibe es porque su *ideología* hace que este *problema crucial* no pueda ni tan siquiera «planteársele». A su modo de ver, la «dictadu-

---

constituyen el «mercado», el «dinero», los «precios», los «cálculos» de los economistas, etc. En el análisis, estos temas aparecen como «significantes» por medio de los cuales se «reprimen» (y «representan») unos significados completamente distintos: todo lo que «amenaza» a un poder político fuertemente concentrado y que se ha elevado por encima de las masas. Estas «amenazas» (pensadas como «amenazas contra el socialismo») se presentan bajo la forma manifiesta del «mercado», del dinero, etc., pero más allá de esta forma lo que se «representa» a través de ella son las masas, su trabajo (cuya contabilidad debe ser bien llevada para que no sea derrochado arbitrariamente), sus aspiraciones, sus movimientos espontáneos siempre posibles (el discurso del 23 de agosto de 1968, que precisamente denuncia la «espontaneidad» de las relaciones mercantiles, es verdaderamente «significativo»).

Estos «significados», no pensados, son aquellos cuya presencia ausente alimenta la vehemencia de los discursos contra el dinero y las relaciones mercantiles.

Es evidente que en la práctica política real se puede distinguir entre una práctica proletaria y una práctica no proletaria.

ja del proletariado» queda «garantizada» con la existencia de ciertas «formas» (una cierta forma jurídica de propiedad, cierta forma de organización del Partido, ciertas formas de expresión, etc.) y no a través de relaciones sociales y políticas concretas.

Si me he esforzado en subrayar los efectos ideológicos del papel central que usted concede a la contradicción «mercado»/«plan» es porque el hecho de conceder tal papel a esta contradicción (que no es más que una contradicción al nivel de las *formas*), *hace posible que pase a ocupar, en la representación ideológica, el lugar que en el análisis marxista ocupa la*

La primera mantiene una preocupación constante por el «rigor financiero», la estabilidad y la baja de los precios, la elevación del nivel de vida de las masas por medio de la reducción de los precios de los productos de gran consumo. Esta fue una de las preocupaciones de la política soviética hasta el XX Congreso. Esta es la preocupación constante de la política china. Esta preocupación no es un «fetichismo», sino la consecuencia del respeto por el trabajo y los derechos de las masas.

La segunda práctica es indiferente a la inflación, a la escasez, y encubre esta indiferencia con su desprecio hacia los «problemas económicos, monetarios y financieros». Pero de hecho este desprecio es un desprecio por el trabajo de las masas y por sus derechos. Es de la misma naturaleza que el desprecio por la democracia proletaria y por la libre expresión de las opiniones de las masas, y si este otro desprecio no puede ser expresado y tiene que ser *reprimido*, el primero puede en cambio adoptar una forma *ideológica* que le permite afirmarse abiertamente. Esta forma remite así a un *doble significado*, uno de los cuales es «pensado» en términos ideológicos (es decir, en realidad, no pensado), mientras el otro es rigurosamente «impensado».

contradicción fundamental entre burguesía y proletariado. En determinadas condiciones políticas este desplazamiento permite enmascarar los problemas reales de la transición del capitalismo al comunismo, puesto que estos problemas conciernen en primer lugar al desarrollo de la contradicción proletariado-burguesía. Por consiguiente, este «desplazamiento» produce a la vez efectos *ideológicos* y efectos *políticos.*

(15 diciembre 1968)

III. RESPUESTA A CHARLES BETTELHEIM (I)

Paul M. Sweezy

Quisiera agradecer, en primer lugar, al profesor Bettelheim la cuidadosa crítica que me ha dedicado. En ella continúa, e incluso supera en algunos puntos, su importante trabajo *La transition vers l'economie socialiste*[1], dedicado, como en el prefacio se indica, a «una serie de cuestiones teóricas y prácticas cuya importancia crece cada vez más, y a las que, sin embargo, son todavía muy escasos los estudios dedicados»[2].

Hay un punto crucial, a mi parecer, en que la crítica va más allá que el libro. Citaré de nuevo el prefacio:

«Lo que confiere unidad a los capítulos que vienen a continuación es el hecho de constituir el comienzo de una nueva reflexión crítica sobre los problemas tradicionalmente englo-

---

1 Ed. François Maspero. París, 1968.

2 No había leído este libro cuando escribí el artículo sobre Checoslovaquia para el número de octubre de la *Monthly Review*. Si lo hubiera leído me habría expresado probablemente de un modo que habría evitado algunos de los malentendidos que aquí señalo.

bados bajo la denominación de "transición hacia el socialismo". Más adelante veremos cómo esta expresión no se adecua en absoluto a la realidad que pretende describir. En efecto, más bien sugiere un "movimiento hacia adelante", cuyo destino más o menos seguro será el socialismo. De hecho, lo que se describe con este término es un período histórico que podemos definir con mayor precisión como período de "transición *entre* socialismo y capitalismo". Este período no aboca necesariamente en el socialismo; puede conducir a él, pero también puede conducir a formas renovadas de capitalismo, especialmente a un capitalismo de Estado.

A lo largo de los capítulos siguientes se expone la posibilidad real de que esto ocurra, aunque dicha posibilidad no se formule explícitamente hasta el capítulo 6 [el último del libro], e incluso en este caso la terminología empleada refleje sólo parcialmente esta conclusión.»

Todos los capítulos del libro son ensayos previamente publicados, entre los años 1964 y 1967, y su ordenación atiende a criterios cronológicos; el último capítulo (cap. 6) fue escrito más de un año después que los restantes (tanto el prefacio como el capítulo 6 están fechados en agosto de 1967). Podemos deducir de estos hechos que hasta hace unos años Bettelheim defendía lo que podemos considerar como la concepción marxista tradicional, según la cual la transición del capitalismo al

socialismo es un camino de sentido único. En 1967 había modificado su postura, aceptando la *posibilidad* de un regreso a las formas capitalistas, y a partir de finales de 1968 (la crítica anterior data del 15 de diciembre) afirma ya rotundamente que una nueva burguesía está en el poder en la Unión Soviética —así como en Checoslovaquia, y por consiguiente, en los demás países del Pacto de Varsovia— y que «el Partido Comunista de la Unión Soviética es el instrumento de esta nueva burguesía». Lo que en 1967 se consideraba una mera posibilidad, es en 1968 un «fait accompli»[3].

Quisiera añadir que no está en mi ánimo hacer crítica destructiva al describir la evolución de la postura de Bettelheim sobre el carácter del período de transición. Por el contrario, estimulados por la polémica entre China y la Unión Soviética, así como por observaciones personales en Yugoslavia, los editores de la *Monthly Review* llegaron, en fecha tan temprana como 1964, a la conclusión de que el período de transición es un camino de doble dirección. (Véase *Peaceful Transition from Socialism to Capitalism?* —«La transición pacífica del socialismo al capitalismo?—, *Monthly Review*, marzo de 1964.) Pero, como se especificaba en aquel artículo, no nos satisfacía la interpretación que los chinos daban a los acontecimientos acaecidos en Yugoslavia, y pensábamos que era urgente llevar a cabo un

[3] En francés en el original. (*N. del T.*)

análisis más amplio y profundo de lo que evidentemente es un problema de vital importancia. Afortunadamente hay pocos marxistas —si es que hay alguno— mejor calificados que Charles Bettelheim para satisfacer esta necesidad. La publicación de su libro, unido a la exposición más minuciosa de sus ideas en la crítica anteriormente citada, establece la base para una polémica viva y fecunda.

Comencemos, por tanto, tratando de clarificar algunos malentendidos. De la lectura de su crítica deduzco que Bettelheim me atribuye la tesis de que la simple existencia de «relaciones de mercado, dinero y precios» es incompatible con el socialismo e impide la transición hacia el mismo, y gran parte de su crítica se centra en el ataque a esta postura. Parece ser que se basa en el texto de la nota 2 de mi trabajo. Al releer esta nota comprendo que pueda dar lugar a una interpretación semejante, aunque no se me ocurriera, ciertamente, cuando la escribí. En cualquier caso quiero aclarar ahora que nunca tuve la más mínima intención de defender el punto de vista que Bettelheim me atribuye. Lo que yo sostengo es que es inevitable que existan relaciones de mercado (que desde luego implican dinero y precios) bajo el socialismo por un largo período de tiempo, pero que tales relaciones constituyen un peligro permanente para el sistema, y a no ser que estén absolutamente dominadas y controladas, conducirán a un proceso de retroceso y degeneración. Como precisaba en el artículo de marzo de 1964:

«No estamos sugiriendo que el sistema de beneficios pueda ser inmediatamente abolido, y todavía menos que la sociedad socialista pueda renunciar a las relaciones de mercado en un futuro próximo. Lo que decimos es que la producción por la ganancia debe ser sistemáticamente soslayada y reducido al mínimo su campo de acción lo más rápidamente posible, y que las relaciones de mercado deben ser estrictamente supervisadas y controladas, porque en otro caso se desarrollarán autónomamente, y, como un cáncer en plena metástasis, socavarán fatalmente la salud del cuerpo político socialista» (pág. 588).

Paul Baran y yo expresábamos esto mismo, aunque en términos algo diferentes, en el siguiente párrafo de *El capital monopolista:*

«Marx hizo hincapié en su *Crítica del programa de Gotha* en que el principio del cambio equivalente debe sobrevivir en una sociedad socialista por un tiempo considerable, como guía para una distribución y aprovechamiento eficientes de los recursos humanos y materiales. Sin embargo, de igual manera, el paso del socialismo al comunismo requiere una lucha incesante contra ese principio, con miras a ser reemplazado finalmente con el ideal: "de cada uno según su capacidad, a cada uno según sus necesidades" (...). Esto, obviamente, no quiere decir que la sociedad comunista del futuro pueda prescindir de cálculos racionales; lo que significa es que la naturaleza de la racionali-

dad implicada en los cálculos económicos sufre un cambio profundo. Y este cambio, a su vez, no es sino manifestación de una transformación completa de las necesidades humanas y de las relaciones entre los hombres en la sociedad»[4].

Por otra parte, en el artículo criticado por Bettelheim me he esforzado en precisar que lo importante no es la existencia de relaciones de mercado en la economía checa, ni la amplitud que alcanzan en comparación con la planificación central, «sino la dirección en la que el sistema se mueve, y respecto a ello, no cabe duda de que: *a*) el peso de los elementos de mercado ha ido aumentando en los cinco últimos años, al menos, y que *b*) uno de los objetivos de las reformas liberalizadoras de los últimos ocho meses ha sido la eliminación de los obstáculos que entorpeciesen una más amplia evolución de la economía checa hacia un sistema de mercado»[5]. Y más adelante: «... cuando se fortalece el sistema de mercado

---

[4] *El capital monopolista*, Siglo XXI Editores, 1968, pp. 266-267.

[5] Esta es, desde luego, una afirmación muy esquemática que no tiene en cuenta la posibilidad de *movimientos temporales y reversibles* en una y otra dirección. Precisamente la NEP era un movimiento de este tipo, como ya señaló Lenin. Pero la creciente apelación al sistema de mercado que contemplamos actualmente en la Unión Soviética y en la Europa Oriental, es algo completamente diferente. El fenómeno no es considerado allí como un retroceso temporal, sino como un progreso socialista que cuenta con la aprobación y legitimación ideológica.

en vez de luchar contra él, se está, independientemente de las intenciones, promoviendo el capitalismo y no el socialismo».

De esta posición se deriva como corolario que la contradicción entre el mercado y el plan no es una contradicción absoluta en el sentido de que ambas fuerzas no puedan coexistir, constituye una contradicción en el sentido de que se oponen una a la otra y se hallan necesariamente trabajadas en una constante lucha por el papel dominante. La cuestión, por tanto, no reside en saber qué amplitud haya adquirido el mercado, sino en qué grado es utilizado como regulador *independiente*. Y, desde luego, esto no es ya un problema de «leyes» economicas, ni de las consecuencias de determinadas formas económicas. Por el contrario, es un problema de poder del Estado y de política económica. Por tanto, rechazo rotundamente la repetida crítica de Bettelheim de que yo sólo presto atención a aspectos superficiales, formas económicas, hechos de menos importancia, etc. Al contrario, me centro en aquellos problemas más profundos que son de decisiva importancia para la sociedad en transición: los problemas de la localización del poder y de su empleo para determinar si la sociedad avanza hacia el socialismo o retrocede hacia el capitalismo.

Esto nos conduce a considerar la teoría de Bettelheim de que una nueva burguesía se ha establecido en el poder en la Unión Soviética y en los otros países de Europa Oriental, y que ésta es la única causa de que se hayan favo-

recido y extendido las relaciones de mercado en los últimos años. Piensa Bettelheim que el XX Congreso representa un momento crucial en este proceso, aunque también afirma que «no hubiera podido tener el contenido que tuvo, ni desencadenar los efectos que desencadenó, si no hubieran existido con anterioridad unas relaciones sociales desfavorables a la dictadura del proletariado»; y añade luego que «esto demuestra claramente que el desarrollo de estas relaciones sociales no estuvo "determinado" por el desarrollo del mercado, sino que —al contrario— aquel desarrollo fue *anterior* a éste».

Yo entiendo, de forma algo diferente, que en este proceso la relación entre el desarrollo de una nueva burguesía y la extensión del mercado no es una simple relación de causa y efecto, sino una relación dialéctica de recíproca interacción. En primer lugar tenemos la consolidación en el poder de una capa burocrática gobernante (todavía no una *clase* gobernante) acompañada y seguida por la despolitización de las masas. Sin entusiasmo revolucionario y sin participación de las masas, la planificación centralizada se hace luego cada vez más autoritaria y rígida. Y da lugar a una multiplicación de fracasos y dificultades económicas. En un intento de solucionar estos problemas que progresivamente se agravan, los gobernantes vuelven a emplear técnicas capitalistas, aumentando el poder de los gerentes en cada empresa y confiando cada vez menos, para la dirección y control de las mismas,

en la planificación centralizada y más en las presiones impersonales del mercado. En estas circunstancias, las formas jurídicas de propiedad estatal pierden sentido progresivamente, transfiriéndose el poder real sobre los medios de producción, que es la base del concepto de propiedad, a manos de la élite directorial (*Managerial Elite*). Este grupo que «posee» los medios de producción tiende a transformarse en un nuevo tipo de burguesía, y naturalmente, favorece una mayor y más rápida ampliación de las relaciones de mercado. Este proceso implica la erosión del poder y privilegios de la «vieja» capa burocrática gobernante, dando lugar a que se agudicen los conflictos entre lo que la prensa capitalista llama los «liberalizadores» (la nueva burguesía) y los «conservadores» (los viejos burócratas). Estos últimos no cuentan con un programa que ofrezca soluciones a los crecientes problemas económicos de la sociedad y, por tanto, no pueden librar más que batallas de retaguardia contra el avance de la nueva burguesía, orientada hacia el mercado y los beneficios. El desenlace lógico de este proceso, al que aún no se ha llegado en ningún sitio (y al que tal vez nunca se llegue), es la implantación y legitimación de nuevas formas de propiedad privadas de empresa (*Corporate Private Property*). Solamente cuando esto haya ocurrido podremos hablar de una nueva clase dominante en el pleno sentido de la palabra.

De hecho, ha sido mayor el proceso de acercamiento hacia las formas capitalistas en Yu-

goslavia que en cualquier otro país, y desde luego, mayor que en la Unión Soviética, donde la vieja capa de burócratas gobernantes se fortaleció y se hizo enormemente poderosa en las tres décadas del gobierno stalinista. A mí me parece que la mejor interpretación de la actual fase de desarrollo de la Unión Soviética es aquella que considera que los elementos burócratas, bajo la dirección de Breznev y Kosiguin, están tratando de detener el continuo avance de la nueva élite de los directores. Por razones que ya hemos señalado, dudo que lo logren, aunque desde luego pueden contener e incluso detener el proceso durante bastantes años.

En mi artículo sobre Checoslovaquia decía que hay dos posibles respuestas a los fracasos de la planificación burocrática: una, apoyarse cada vez más en el sistema de mercado; la otra, «una revolución cultural en el sentido específico que los chinos han dado a este término: una campaña general para movilizar a las masas, elevar el nivel general de conciencia política, revitalizar los ideales socialistas y responsabilizar de un modo creciente a los propios obreros de las decisiones a todos los niveles». Bettelheim interpreta esto como si yo creyera que «los dirigentes soviéticos habían podido "elegir" entre dos "técnicas". Ocurre que yo no he utilizado ninguna de los dos términos que él pone entre comillas. Decía, como lo acabo de repetir, que «hay dos respuestas posibles» y añadía que, por razones históricas la dirección soviética estaba incapacitada para

llevar a cabo la alternativa de la revolución cultural. Por tanto, debería estar claro, pienso, que no estoy en desacuerdo con Bettelheim cuando escribe que «no se trata de una "elección" entre dos técnicas que permitirían a la economía "progresar", sino de una *línea de demarcación* que separa dos políticas...». Pero, cuando a continuación añade «... dos clases», no estoy seguro de seguir su razonamiento.

Si quiere decir que una línea política (confianza en el sistema de mercado) favorece los intereses de la nueva burguesía, y la otra (la revolución cultural), favorece los intereses del proletariado, lo comprendo y estoy de acuerdo. Pero si —como se deduce de otros párrafos— quiere decir que el camino que se siga dependerá de la clase que se halle en el poder, confieso que desconozco a qué tipo de fenómeno *concreto* se refiere. Por ejemplo, consideremos el caso chino; no hay duda de que en los años 50 y comienzos de la década de los 60 se estaba formando y consolidando en el poder una nueva capa de burócratas gobernantes. Es evidente que en 1966 ya eran mayoría en el Comité Central del Partido Comunista y que ocupaban la mayoría de los cargos con poder decisorio en la administración central y regional. Probablemente en poco tiempo habrían comenzado a dar pasos en dirección hacia el capitalismo, camino ya iniciado por los países de Europa Oriental. Pero Mao y un pequeño grupo de fieles seguidores se negaron a aceptar este retroceso, y utilizando como primer arma el movimiento, al menos parcialmente espontáneo, de

los guardias rojos, iniciaron la Revolución Cultural, levantaron a las masas y destituyeron a los dirigentes burócratas, con lo que quedó asegurado que China continuase en el camino hacia el socialismo, al menos en lo que concierne al presente y al futuro próximo.

¿«Explicará» Bettelheim este proceso, diciendo que hasta 1966 el proletariado estaba perdiendo poder, en favor de una nueva burguesía, pero que se sublevó en el último instante y reafirmó su dominio de clase? Si aceptamos que Mao y su grupo (que tenían el control decisivo de los medios de comunicación y del Ejército rojo) son «instrumentos del proletariado», esta afirmación es una simple perogrullada. ¿Qué bases tenemos para hacer esta suposición? ¿Qué sabemos realmente sobre el papel del proletariado o las relaciones de Mao con el proletariado? ¿Permiten comprender mejor estas «explicaciones» lo que realmente ocurrió en el pasado o lo que pueda ocurrir en el futuro? ¿No dan, por el contrario, más bien una imagen muy simplificada y, por tanto, errónea, de las relaciones entre las clases sociales y la dirección política en la sociedad en transición? Mi opinión, que desde luego está sujeta a modificación a la luz de nuevas investigaciones y descubrimientos, es que es precisamente en las sociedades en transición, o al menos en una determinada fase de su desarrollo, donde los elementos «deterministas» se hallan más debilitados al nivel de la causalidad histórica, y donde son más signifi-

cativos los elementos «voluntaristas»[6]. Si esto es así, es preciso que al analizar estas sociedades evitemos especialmente el desarrollar la reflexión en términos dogmáticos y esquematizados.

Las interesantes sugerencias de Bettelheim sobre la situación cubana podrían ser perfectamente el punto de partida para una amplia discusión. Me limitaré aquí a dos puntos:

1) Creo que exagera respecto al grado en que Fidel está influenciado por lo que Bettelheim llama el mito de la «desaparición» de las relaciones de mercado, del dinero y los precios, etc. Fidel sabe, y lo ha dicho explícitamente en numerosas ocasiones, que es imposible abolir de golpe estas categorías económicas heredadas del capitalismo. Pero al mismo tiempo estoy de acuerdo con Bettelheim al señalar que los cubanos han cometido graves errores en la elaboración y puesta en práctica de su política económica.

2) No creo —y esto es algo que he dicho repetidas veces— que ayude nada a explicar esta política y estos errores el decir que están «ligados» al control político por parte de un grupo «radicalizado» de la «pequeña burguesía». Esto es una frase y no una explicación. Por lo demás, mi punto de vista sobre la Revolución Cubana está expuesto detallada

---

[6] Sobre los papeles del determinismo y del voluntarismo en la teoría marxista, véase LEO HUBERMAN y PAUL SWEEZY, *Lessons of Soviet Experience*, *Monthly Review*, noviembre de 1967, pp. 18-20.

mente en el libro escrito por Leo Huberman y por mí, *Socialism in Cuba*, que estará a la venta en la primavera próxima.

Finalmente quiero destacar que aunque una polémica de esta brevedad tienda a acentuar casi inevitablemente las diferencias de opinión en cualquier caso estoy totalmente de acuerdo con el enfoque de Charles Bettelheim sobre la economía de transición, tal y como la expone en su libro *La transition vers l'économie socialiste*. Me adhiero plenamente a su penetrante análisis sobre las relaciones de propiedad en la sociedad de transición. Como resume su amigo Gilles Martinet, la teoría de Bettelheim: «destaca la relatividad de la noción de propiedad. Cada unidad económica depende a la vez del Estado y de su propia dirección. Cuando la planificación es imperativa y rigurosa, el Estado ejerce al máximo sus poderes como propietario. Pero cuando la planificación es indicativa y la autonomía en la gestión permite que una empresa realice sus propias inversiones, negocie contratos, decida sobre sus procesos de producción, entonces esta empresa tiende a sustituir la ficción de la propiedad estatal por la realidad de una nueva forma de propiedad colectiva»[7].

Preferiría en este caso usar el término de «empresa» (*Corporate*) en lugar del adjetivo

[7] GILLES MARTINET, *La conquête des Pouvoirs*, edición du Seuil, París, 1968, pág. 95.

«colectiva», ya que este último, al menos en inglés (*Collective*), se utiliza a menudo para referirse al conjunto de la sociedad. Sea como sea, con estos términos se expresa en forma elegante uno de los aspectos cruciales de lo que yo he llamado la contradicción plan/mercado.

Tengo la esperanza de que al menos estamos dando los primeros pasos hacia una teoría de lo que seguramente es, junto con el imperialismo, uno de los fenómenos decisivos de la realidad mundial en la segunda mitad del siglo XX: la sociedad en transición entre el capitalismo y el socialismo. Pero tal vez sea también conveniente reconocer que son solamente los primeros pasos, y que necesitamos mucha más información sobre lo que realmente ocurre en las sociedades en transición. Probablemente, Bettelheim ha hecho más que nadie por abrir este inmenso y apasionante campo de estudio.

(4 de febrero de 1969)



IV. ASPECTOS ADICIONALES SOBRE LA SOCIEDAD DE TRANSICION

Charles Bettelheim

Su respuesta a mi anterior carta suscita unos problemas de capital importancia. Estoy convencido de que nos ayudará seriamente a clasificar todavía más nuestras posiciones y profundizar de este modo en cierto número de problemas.

No es mi intención, evidentemente, volver sobre todos los problemas planteados por su texto (tengo el proyecto de abordar muchos de ellos en forma de libro)[1]. Por ello quisiera limitarme ahora a ciertas reflexiones sobre algunos de estos problemas.

Plan y mercado.

Tengo la impresión —en particular leyendo su nota 4— de que parcialmente hemos llegado a un acuerdo sobre el problema de «plan y mercado», puesto que usted parece admitir que el retroceso o el progreso de las relacio-

[1] El libro al que hace referencia el autor se encuentra publicado en la actualidad: CHARLES BETTELHEIM, *Cálculo económico y formas de propiedad*, Siglo XXI Editores, 1972. (*N. de la E.*)

nes mercantiles durante un período dado no basta para caracterizar el progreso o el retroceso hacia el socialismo, y que lo que es significativo políticamente —es decir, desde el punto de vista de clase—, es el modo como se trata el eventual progreso de las relaciones mercantiles. La amplitud alcanzada en un momento dado por las relaciones mercantiles no basta por consiguiente para demostrar el grado de progreso hacia el socialismo (si así fuera, la Unión Soviética nunca hubiera estado tan cerca del socialismo como durante el Comunismo de Guerra).

Fundamentalmente, el avance hacia el socialismo no es más que la creciente dominación por parte de los productores inmediatos sobre sus condiciones de existencia y, por consiguiente y en primer lugar, sobre sus medios de producción y sobre sus productos. Esta dominación sólo puede ser colectiva, y lo que se llama «plan económico» puede ser uno de los medios para esta dominación, pero sólo lo es cuando se dan unas condiciones políticas determinadas, sin las cuales el plan no es más que un medio particular utilizado por una clase dominante, distinta de la de los productores inmediatos que viven del producto de su trabajo, para asegurar su propia dominación sobre los medios de producción y sobre los productos corrientemente obtenidos.

No obstante, en las formulaciones que siguen a esta nota usted atribuye a la contradicción «plan/mercado» una significación

que, en mi opinión, no puede tener. Intentaré exponer brevemente las razones.

Me parece difícil discutir que los términos «mercado» y «plan» correspondan a nociones empíricas y descriptivas y no a conceptos científicos elaborados teóricamente. Por tanto, estos términos remiten a formas de la representación (*Darstellung*) que se expresan en ellos todavía en términos ideológicos, y no a las relaciones reales. De hecho, tales relaciones sólo pueden ser desveladas por medio de lo que Marx llama un «análisis de las formas». En este sentido, la contradicción «plan/mercado» sigue siendo, a mi modo de ver, un «efecto de superficie» cuya significación no puede captarse a su propio nivel, sino únicamente descubriendo las contradicciones profundas (que afectan a las *relaciones de producción* y a las *relaciones de clase*) de las que la contradicción «plan/mercado» no es más que la representación.

Por ello, la contradicción «plan/mercado» no es —no puede ser— una contradicción fundamental: no pone de manifiesto ni una contradicción de clase (una contradicción política) ni una contradicción económica (una contradicción entre relaciones sociales efectivas al nivel económico), sino tan sólo ciertos efectos variables de estas contradicciones y los «lugares» donde tales efectos se representan.

Para mayor precisión, diré que la contradicción «plan/mercado» señala de modo metafó-

rico una contradicción entre dos «espacios de representación», dos «escenarios»[2].

En estos dos escenarios intervienen, a nivel descriptivo, «actores»; compradores, vendedores, planificadores, directores de empresa, administradores, etc. Estos actores aparecen no como *portadores* de relaciones sociales y como *agentes* que cumplen unas *funciones* (determinadas por las relaciones sociales existentes y fundamentalmente por las relaciones de producción dominantes), sino como «sujetos» dotados de «autonomía», de una cierta «psicología», etc. La «presencia» de estos «actores», el «marco» en que intervienen (la oficina del plan, la dirección de la empresa, etc.), la *forma de las relaciones* que parecen «anudarse entre ellos», ocultan lo *esencial, las relaciones sociales fundamentales de las que son portadores* y *que se reproducen en «otro lugar»*. Este «otro lugar» designa: la instancia económica (los lugares de producción), la instancia política (los órganos del poder), la instancia ideológica (esencialmente los aparatos ideológicos: escuelas, universidades, prensa, radio, etcétera).

Si privilegiamos estos dos «escenarios» (el «mercado» y el «plan») hasta el punto de verlos como el «lugar» de una contradicción fundamental, sustituimos el análisis concreto de

---

[2] Evidentemente no es casual que el revisionismo para desarrollar sus «argumentos» en favor de las «reformas económicas» haya elegido precisamente el «terreno» de la contradicción «plan/mercado» (cf. el libro de OTA SIK, *Plan and Market under Socialism*, Edic. de la Academia de Ciencias, Praga, 1967, 382 p.).

las relaciones sociales reales por la descripción —generalmente sistematizada «bajo formas ideológicas»— de las actuaciones de aquellos que ocupan el *proscenio de estos dos escenarios*, y por la descripción de las *formas* bajo las cuales las relaciones sociales reales se «representan» (*sich darstellen*) en estos dos escenarios.

Gran parte de los debates sobre los problemas de la transición —y gran parte de las *políticas* «descritas» en estos debates— han sido falseadas por el hecho de que el «mercado» y el «plan» se han tomado por algo distinto de lo que realmente son: la designación metafórica de los «lugares», *a la vez imaginarios y reales, donde se «representan» unas relaciones que de este modo podemos permitirnos ignorar.*

La descripción de los problemas de la transición en términos de «plan» y de «mercado» permite ciertamente obtener una rápida visión de conjunto de «lo que sucede» en los dos «escenarios» considerados, pero obliga a recurrir a una serie de nociones que son precisamente aquéllas por medio de las cuales los actores que intervienen en estos «escenarios» «piensan» sus acciones (ignorando las relaciones reales de que son portadores). Estas nociones remiten a las múltiples formas bajo las que se representan las relaciones reales disimulándose (de la misma manera que la forma valor representa una relación social aun disimulándola). Esta disimulación se complica con una serie de desplazamientos, que son inevitables

debido a que las relaciones y las contradicciones que se desarrollan realmente (y de las cuales no se perciben más que los efectos indirectos y deformados, puesto que no se las analiza como tales) se sitúan al nivel de las tres instancias fundamentales de la formación social. Este enraizamiento multiplica las relaciones reales así «representadas»; es denotado por la naturaleza de las formas y nociones ideológicas que están presentes en los debates sobre «plan» y «mercado»: la forma valor, los precios, los contratos, los decretos administrativos, la propiedad estatal, los «incentivos» materiales y los «incentivos» morales, etc.

Esta diversidad y heterogeneidad de las nociones a que debemos remitirnos cuando queremos hacer «funcionar» la «contradicción plan/mercado» revela que esta última, lejos de ser una contradicción fundamental, no es más que la formalización ideológica de los «escenarios» donde se enfrentan unas formas que a su vez «expresan» y ocultan las relaciones sociales reales. *La combinación de estas relaciones* constituye la estructura fundamental en cuyo seno se desarrollan *las verdaderas contradicciones;* contradicciones que es necesario descubrir, lo que sólo es posible hacer analizando la estructura fundamental de las formaciones sociales en transición.

Mientras sigamos prisioneros (como durante muchos años hemos estado) de las formas de la representación inmediata y de las nociones ideológicas construidas a partir de ellas,

nos encontraremos cogidos en un mundo parcialmente real y parcialmente imaginario.

«Parcialmente real», puesto que evidentemente los términos «mercado», «plan», «decretos administrativos», etc., corresponden a ciertas realidades. «Parcialmente imaginario», puesto que las nociones que permiten designar estas realidades aluden también a otras realidades distintas de las que inmediatamente exhiben, pero estas otras realidades permanecen ocultas, mientras estas ilusiones no sean descifradas. Por ejemplo, el «plan» es ciertamente un acto político y administrativo real, pero puede suceder que los verdaderos procesos de *trabajo*, de *producción*, de *distribución* y de *consumo* que transcurren en los lugares de trabajo, en las unidades de producción, en las unidades de consumo, y que el plan debe determinar, no tengan más que una relación muy lejana con lo que el plan prevé, y esto puede transformarlo en una «realidad mítica». Tal proceso de mitificación no puede ser analizado más que en términos de relaciones de clase y de relaciones ideológicas.

Por todas estas razones, mientras permanezcamos encerrados en los espacios de representación del «plan» y del «mercado», no se puede elaborar ninguna concepción científica y no se pueden anunciar más que aproximaciones empíricas.

Dentro de ciertos límites, tales aproximaciones empíricas permiten «actuar de un modo útil» (es decir, permiten alcanzar el objetivo propuesto), pero pueden conducir a resultados

distintos de los esperados, de un modo que será incomprensible hasta que se analicen las relaciones y las contradicciones que determinan el movimiento real de una determinada formación social.

Los fracasos que han conocido los países socialistas han sido, en parte, el resultado de concepciones que no han hecho más que expresar en términos ideológicos aquello que sugieren las apariencias inmediatas.

Digo que estos fracasos se explican de este modo tan sólo en parte, porque de hecho, si prevalecen estas concepciones es —en definitiva— por razones ligadas a la lucha de clases y a la correlación de fuerzas entre las clases.

La reflexión sobre la historia económica y política de los países colocados en una situación de transición, de sus avances en la vía del socialismo, o de su regreso a la vía capitalista, y la reflexión sobre el modo como esta historia ha sido escrita y pensada (incluso por mí mismo) me convence de que es absolutamente necesario *cambiar de terreno*, es decir, abandonar el «campo» sobre el que han tenido lugar los enfrentamientos ideológicos de los últimos cuarenta años. Este «campo» es precisamente aquel en el que se levantan los «escenarios» del «mercado» y del «plan».

Es necesario ir a *otra parte* (lo que no es fácil); es necesario ir más allá de las formas que están inmediatamente presentes, y que, aún disimulándolas, representan las relaciones reales. Es necesario esforzarse por *captar* estas últimas, puesto que sólo entre ellas pueden

desarrollarse las *verdaderas contradicciones* (y, por tanto, la *contradicción principal* característica de cada fase de la historia real de las formaciones sociales en transición).

Para poder *conocer* estas relaciones y estas contradicciones, para no vernos condenados a designarlas metafóricamente (creyendo designarlas realmente), para poder *dominarlas*, es necesario proceder al *análisis de las formas*, es decir, efectuar sobre las formas específicas de las formaciones sociales en transición un trabajo análogo al que Marx efectuó sobre el modo de producción capitalista; es necesario sacar a la luz las *relaciones sociales reales* que son a la vez mostradas y ocultadas por las *formas de la representación y las nociones ideológicas* que a partir de ellas se han elaborado.

Sin este análisis, que puede comenzarse ya hoy («hoy», porque la *historia real* nos ha «mostrado» cuántas ilusiones podrían construirse a partir de estas formas), seguiríamos actuando a tanteo, y lo que es más grave, permaneceríamos en el *terreno* que es favorable al enemigo de clase, el terreno de las ilusiones ideológicas, aquel donde se desarrollan todas las formas de explotación, de dominación y de sometimiento.

Volviendo a mi punto de partida, diré que el pensar que la «contradicción mercado/plan» pueda ser la contradicción fundamental del período de transición (lo que yo mismo pensé en otro tiempo) significa:

1) Que permanecemos en el terreno de las

formas y que sin cesar nos vemos llevados a interpretar una *serie de efectos de las contradicciones reales*, no como derivados de estas contradicciones, sino como derivados del enfrentamiento «plan» y «mercado».

2) Que permanecemos prisioneros de lo que Lenin llamaba «economicismo», puesto que privilegiamos una «contradicción» que, formalmente, aparece como una contradicción *económica*, olvidando de este modo lo esencial: *la lucha de clases*.

3) Que nos vedamos la *búsqueda de la contradicción principal de cada fase*, el análisis de su desarrollo y del desplazamiento de su aspecto principal.

Así nos vemos llevados a atribuir al «mercado» y al «plan» «virtudes» y «propiedades» intrínsecas. Es decir, a separar los posibles efectos del desarrollo de las *relaciones mercantiles* o de las *relaciones planificadas* (que son parte de las relaciones sociales que se trata de analizar), de las *condiciones políticas* en que se desarrollan estas relaciones. Pero *únicamente* estas condiciones políticas, es decir, las relaciones de clase, proporcionan una significación concreta, real, al desarrollo que en un momento dado adquiere tal o cual forma económica, dando ya por supuesto que *se sabe* que el avance hacia el socialismo exige que las *relaciones mercantiles* desaparezcan y cedan su lugar a *relaciones socialistas* (las «relaciones planificadas» no son más que una de sus formas, una forma que también puede co-

rresponder a algo muy distinto que a relaciones socialistas; volveré sobre este punto).

En resumen, es necesario que formulemos las cosas de otro modo que en términos de «plan» y de «mercado». Precisando, debemos reconocer que si en general el «plan» no es el «polo» de una contradicción principal cuyo otro polo sería el «mercado», es debido a que la *contradicción real* (la representada de modo ideológico por la expresión «contradicción plan/mercado», cuya existencia indica aún ocultándola) es la dominación o la no dominación por parte de los productores sobre las condiciones y los resultados de su actividad.

Es fundamentalmente cierto que la existencia de *relaciones mercantiles* obstaculiza la dominación de los productores sobre sus productos y que el pleno desarrollo de estas relaciones lleva a la dominación de la burguesía sobre los productores inmediatos, y por consiguiente, a la no dominación por parte de los productores sobre sus condiciones de existencia. También es fundamentalmente cierto que la eliminación de las relaciones mercantiles figura entre las *tareas históricas* que debe llevar a cabo el proletariado durante la construcción del socialismo. Pero asimismo es cierto que esta eliminación no puede ser una «abolición», sino el resultado de una *lucha* que ha de entablarse en los frentes político, ideológico y económico, puesto que existen a la vez límites *ideológicos* y *políticos* para la supresión de las categorías mercantiles y de las relaciones jurídicas burguesas (aquellos —co-

mo usted acertadamente recuerda— que señaló Marx en la «Crítica del Programa de Gotha») y límites *económicos* ligados al estado de la estructura, relaciones de producción/fuerzas productivas (lo que, por ejemplo, explica que actualmente, en China, las relaciones mercantiles, el dinero y los precios todavía no hayan sido eliminados). Por ello, la tarea de eliminar las relaciones mercantiles es una tarea *histórica.*

No obstante, y éste es otro punto que me parece esencial, la existencia de esta tarea, y su significado histórico, no deben hacernos olvidar en absoluto que un «plan» y las relaciones *planificadas puedan, a su vez, impedir el dominio de los productores sobre las condiciones y los resultados de su actividad.*

Esta última proposición implica algo que durante mucho tiempo no ha sido tenido en cuenta: que puede existir una «planificación» y un «plan» burgueses, lo mismo que *pueden existir una «planificación» y un «plan» proletarios o socialistas.*

La «planificación» burguesa tiene un carácter *en parte* mítico, pero no por ello deja de ser un *instrumento* de la política burguesa.

Identificando «plan» con socialismo y «mercado» con capitalismo (lo que *es cierto como tendencia*), se ayuda a la burguesía (y especialmente a la burguesía soviética) a ejercer su dominación al abrigo de un «plan» en cuyo nombre retira todo derecho de expresión a las clases explotadas y con cuya ayuda puede agravar aún más la explotación de las masas.

Por tanto, y este punto me parece fundamental, debemos reconocer explícitamente que *sólo bajo determinadas condiciones sociales, políticas e ideológicas un plan puede ser instrumento de la dominación de los productores sobre las condiciones y los resultados de su actividad.* Para que actúe en este sentido es necesario que el plan sea elaborado y puesto en práctica sobre la base de la *iniciativa de las masas,* esto es, que *concentre y coordine* sus experiencias y proyectos.

Para que esta coordinación sea real, deberá garantizar que las exigencias técnicas y económicas generales y las posibilidades objetivas en su conjunto son debidamente tomadas en consideración. Esta es una de las funciones del «centralismo», pero todo ello será tenido en cuenta de un modo más efectivo en la medida en que el plan repose ante todo sobre la iniciativa de las masas, y su aplicación sea controlada por ellas. De este modo el plan se convierte en un «concentrado» de la voluntad y de las aspiraciones de las masas, y de sus ideas justas.

Cuando el plan no es este «concentrado», es un «plan» burgués y no un plan socialista; no es «lo contrario» del mercado, sino su *complemento* o su *«sustituto»* provisional.

Esto que acabamos de decir ha sido en la práctica ignorado durante mucho tiempo (incluso por mí mismo[3]). Ahora bien, cuando se

---

[3] *Han sido precisas dos experiencias históricas inversas* para recordar esta verdad, que es esencial en

ignora esto se pierde de vista que sólo pueden existir *relaciones de producción socialistas* en la medida en que exista una dominación por parte de los productores sobre las condiciones y los productos de su trabajo.

Una dificultad sobre la que insistiremos más adelante deriva del hecho de que, en las condiciones de una producción altamente especializada, la dominación de los productores sobre las condiciones de existencia exige el *desarrollo de relaciones sociales enteramente nuevas*, y mientras estas relaciones nuevas no se desarrollan continúan reproduciéndose las antiguas relaciones, que permiten la explotación y la dominación de clase. La instauración de la dictadura del proletariado permite que la clase obrera, a través de su vanguardia, imponga ciertas relaciones proletarias; éste es uno de los efectos de la nacionalización de los prin-

---

el marxismo (y que había quedado oculta por la repetición de las tesis sobre el papel, supuestamente decisivo, de la *propiedad estatal* y del *plan* en la «construcción del socialismo»). Estas dos experiencias han sido la entrada de la U. R. S. S. en la vía capitalista y la Revolución Cultural proletaria en China.

En cuanto a lo que yo he podido decir sobre estas cuestiones, usted señala acertadamente las fechas en que fueron escritos los diferentes textos publicados en *La transition vers l'economie socialiste* y los cambios de posición que aparecen en mis textos de 1967. Evidentemente, la fecha de estos cambios no es casual: en 1967 asistimos al desarrollo de la revolución cultural proletaria y, en cuanto a mí, durante aquel año efectué una nueva estancia en China, a lo largo de la cual pude poco a poco comprender la complejidad, la amplitud y el profundo sentido de la revolución cultural.

cipales medios de producción, puesto que de este modo se rompe el marco jurídico en cuyo interior la burguesía ejercía su dominación.

Sin embargo, la reproducción de las antiguas relaciones sociales, las relaciones burguesas, a nivel de la empresa y de los diferentes aparatos políticos e ideológicos, significa que los agentes de la reproducción de estas relaciones, que constituyen fuerzas sociales burguesas, siguen estando presentes bajo la dictadura del proletariado a pesar de la nacionalización de los medios de producción.

Por otra parte, esto es lo que hace necesaria la dictadura del proletariado, puesto que la lucha de clases continúa. Una de las posibles salidas de esta lucha es que las fuerzas sociales burguesas vuelvan al poder, aunque sea bajo formas no inmediatamente perceptibles. Esto se produce cuando los representantes de estas fuerzas toman la dirección del Estado y del partido dirigente; a partir de este momento el carácter de clase del Estado, de la propiedad estatal y de la planificación deja de ser proletario para comenzar a ser burgués. Cuando esto sucede, la dominación de los productores sobre sus condiciones de existencia, que está garantizada en el momento de la toma del poder por el proletariado, por el Estado —en espera de serlo bajo otras formas que no son realizables inmediatamente porque exigen una profunda transformación de las relaciones económicas, ideológicas y políticas—, cesa por completo, y es sustituida por la dominación de una clase explotadora.

Y sobre la base de las relaciones económicas, ideológicas y políticas existentes, esta clase explotadora sólo puede ser una *burguesía*. Esta se presenta como una *burguesía de Estado*. Su dominación favorece el desarrollo de *contradicciones específicas* que tendremos ocasión de analizar más adelante.

De este modo, si reconocemos que la dominación de los productores sobre sus condiciones de existencia, es decir, sobre los medios de producción y sobre los productos de su trabajo, constituye lo esencial de las relaciones de producción socialistas, debemos llegar a la conclusión de que el progreso en la vida del socialismo exige una transformación de las formas de esta dominación para que pueda ser cada vez más completa. Creo que ésta es la significación de la lucha proletaria de clase bajo la dictadura del proletariado. Uno de los momentos esenciales de esta lucha consiste en la revolucionarización de los diferentes aparatos económicos, ideológicos y políticos, porque sólo a través de ella puede completarse la eliminación de las relaciones sociales *capitalistas* que continúan reproduciéndose y su sustitución por relaciones sociales socialistas.

Todo esto significa que lo decisivo desde el punto de vista del socialismo no es el modo de *regulación* de la economía, sino más bien la *naturaleza de la clase que está en el poder*. En otras palabras, la cuestión fundamental no es que el «mercado» o el «plan» —y por tanto el Estado— dominen la economía, sino la *na-*

turaleza de la clase que detenta el poder. Si colocamos en un primer plano el papel de la dirección del Estado sobre la economía, relegamos a un segundo lugar el papel de la naturaleza de clase del poder, es decir, dejamos de lado *lo esencial*[4].

El carácter de «par ideológico» de la contradicción «plan/mercado» o «mercado/Estado» aparece precisamente en el hecho de que los componentes de esta pareja únicamente aluden a contradicciones reales, designando *relaciones de naturaleza complementaria.* Efectivamente, a nivel económico, la existencia de mercado (de hecho, la existencia de *relaciones mercantiles*) es una *condición de posibilidad* de la dominación burguesa. A este respecto, «mercado» y «estado» no se oponen fundamentalmente, sino que se *complementan.* El papel principal recae, bien en el uno, bien en el otro, según sea la naturaleza de las contradicciones económicas, sociales y políticas de cada momento.

Lenin subrayó que la forma estatal de las relaciones de dominación política implica siempre relaciones burguesas; de ahí la importancia de la forma soviética de poder o de la

---

[4] Podemos señalar a este respecto la maniobra de Breznev al tratar de disfrazar el abandono en la U. R. S. S. de la dictadura del proletariado, oficialmente proclamado en el XXII Congreso, diciendo que la dictadura del proletariado significa «la dirección del Estado sobre la construcción económica», lo que precisamente elude el problema de la naturaleza de clase del poder.

experiencia de la Comuna de París, ya que estas formas de poder político originan «Estados de nuevo tipo» en los que las relaciones burguesas son relegadas a segundo término, de modo que no constituyen ya propiamente «Estados». En efecto, el Estado burgués (es decir, el Estado por excelencia), es el ejercicio organizado de la violencia por parte de una minoría sobre una mayoría, mientras que la existencia de un Estado proletario implica el ejercicio de la violencia por parte de una mayoría sobre una minoría. Esto ocasiona una transformación radical de la estructura y del papel del aparato del Estado, así como de su relación con las masas. Esta transformación radical es lo que hace que un Estado socialista no sea ya propiamente un Estado, aunque aún admita la existencia de unas relaciones que permiten que una burguesía pueda recuperar el poder[5].

La *separación* entre el aparato del Estado y las masas es el rasgo esencial del Estado

---

[5] De igual modo, el ejército, que es la parte constitutiva principal del aparato del Estado, cuando se trata de un ejército proletario, no es ya enteramente un ejército: las relaciones internas que lo caracterizan ya no son las de un ejército burgués, y las relaciones con las clases trabajadoras son también profundamente diferentes; este ejército está concretamente al servicio del pueblo, colabora en el trabajo, no vive de modo parasitario, etc. No deja de ser significativo y de tener importancia el hecho de que en el Ejército soviético nunca se hayan desarrollado relaciones proletarias como las desarrolladas en el Ejército Popular de Liberación en China.

burgués: el aparato estatal está «por encima» de las masas, las domina y las reprime, mientras que el Estado de la clase obrera no es plenamente un Estado porque es el instrumento del ejercicio del poder por parte de las mismas masas trabajadoras (en esto reside lo esencial de la Comuna de París, del poder de los Soviets, de los Comités Revolucionarios, etcétera).

Evidentemente, el poder de los trabajadores puede tomar formas distintas según las condiciones históricas concretas, es decir, principalmente según las relaciones de fuerza existentes entre las clases. Este poder puede ser ejercido especialmente por intermedio de un «destacamento de vanguardia» del proletariado, es decir, de un partido comunista marxista-leninista; tal partido ejerce un poder proletario en la medida en que efectivamente es una vanguardia, una parte de la clase obrera que representa al conjunto de la clase y actúa en ligazón con ella sin pretender sustituirla; y, al contrario, deja de ser una vanguardia en la medida en que sustituye a la clase dejando de guiarla para imponerle pura y simplemente sus concepciones.

La diversidad de las formas concretas que puede revestir el poder de la clase obrera no modifica su carácter de clase mientras la *relación* entre los órganos de poder y las masas no sea una relación de dominación-represión, sino una relación de vanguardia a masas que permita a las masas expresar sus puntos de

vista y a la dirección concentrar las ideas justas que provienen de las masas.

Al contrario, cuando los órganos de poder *se separan* de las masas, cuando las dominan y las reprimen, estos órganos dejan de ser los de un Estado de la clase obrera y se convierten en los de un Estado burgués puro y simple. No puede existir un término medio o una «tercera vía», y particularmente no puede existir un «poder estatal de la burocracia», puesto que una burocracia siempre está al servicio de una clase dominante, incluso cuando abusa de sus privilegios administrativos.

Las observaciones precedentes nos llevarían a examinar algunos de los otros problemas que usted ha puesto justamente de relieve en su texto, particularmente las razones por las que califico de «burguesía» a la clase que hoy detenta el poder en la U. R. S. S. La cuestión debía ser planteada. En mi anterior carta no la había abordado y en ésta sólo le doy una respuesta parcial. De hecho, esta cuestión requiere un análisis muy amplio que debe realizarse a dos niveles: un nivel teórico, que permite producir, desarrollar y fundamentar los conceptos con los que se opera, y un nivel de análisis concreto que pone de relieve cómo y por qué tales conceptos teóricos pueden (o no pueden) servir para comprender las relaciones históricas reales, y llegado el caso, mostrar cómo actuar sobre ellas, dirigiendo una deter-

minada acción política, lo que finalmente es el objetivo del análisis teórico en el terreno del materialismo histórico [6].

(18 de febrero de 1970.)

[6] Tal como le escribo, intentaré abordar esta tarea en un próximo libro, tratando en particular el concepto de «burguesía de Estado», con el fin de analizar las contradicciones específicas ligadas a esta forma de dominación burguesa.

V. RESPUESTA A CHARLES BETTELHEIM (2)

Paul M. Sweezy

Estoy de acuerdo con Bettelheim en que mi uso de la alternativa plan/mercado en la primera parte de nuestra discusión ha producido confusión y debe ser abandonada. En el momento de formularla yo no tenía en mente ningún plan histórico concreto, sino la clase de plan que debería caracterizar a una sociedad socialista ya constituida. Todo esto no es sino un círculo vicioso y la verdad está en que, como dice Bettelheim, existen todo tipo de planes reales, que pueden tanto complementar como sustituir al mercado.

El problema real sobre el que estaba tratando de centrar la atención puede ser comprendido mejor en un contexto histórico concreto que en términos teóricos abstractos. Todas las revoluciones anticapitalistas que han tenido lugar hasta nuestros días —esto es, revoluciones que han tomado el poder político eliminando a la vieja clase dirigente burguesa— se han enfrentado con el urgente problema de cómo hacer funcionar la economía. Por razones obvias, esta tarea no podía ser confiada a las fuerzas automáticas del mercado (la «mano invisible» de Adam Smith o la «ley

del valor» de Marx), sino que debía ser asumida por el poder estatal. Un sistema de mercado viable presupone un conjunto completo de relaciones sociales y económicas, incluyendo unas formas de propiedad, distribución de la renta, disponibilidad y localización de recursos productivos, etc... Si bien, solamente el establecimiento de estas bases hace posible el funcionamiento más o menos consistente de un sistema de precios, y la actuación de las fuerzas de mercado para realizar las divisiones y los ajustes graduales a las cambiantes condiciones; no es menos cierto que, simultáneamente, su existencia reproduce y refuerza la vigente distribución del poder y la riqueza. Una revolución auténtica, normalmente, llega en un momento en que la estructura socioeconómica se encuentra en un estado de desintegración y las medidas tomadas por la revolución para reforzarse a sí misma y debilitar a sus enemigos tienden a completar el derrumbamiento del viejo orden.

En estas condiciones sería imposible confiar en un sistema de mercado, aun en el caso, altamente improbable, de que el nuevo gobierno deseara y tuviese a su disposición los expertos y técnicos necesarios. La destrucción del viejo orden y el acceso al poder de nuevas clases son fenómenos que exigen la imposición de un nuevo esquema de prioridades sociales y un drástico examen del sistema económico en su conjunto; lo cual no significa la eliminación de los mercados y, todavía menos, de las relaciones monetarias. Será preciso, por el

contrario, que los salarios sigan pagándose en dinero y los bienes sigan siendo distribuidos a través de los canales habituales para los consumidores.

Además de lo anterior, en los sectores de producción simple —y en un país agrícola como Rusia eran los más amplios—, los mercados continúan actuando de una forma tradicional, si bien sujetos a diversas alteraciones. Pero estos sectores, con independencia de su importancia, son fundamentalmente pasivos y sólo reaccionan ante estímulos exteriores. Por el contrario, existen otros sectores dinámicos —manufacturas, transporte, comunicaciones, comercio exterior, Banca, servicios públicos, etc.— cuyo control debe asumir el nuevo gobierno, sin que pueda eludir la responsabilidad de su funcionamiento. Las políticas adoptadas para conseguir este fin pueden ser improvisadas y modificadas constantemente, pero en la medida en que todas ellas son coordinadas por un organismo central ya constituyen un embrión de plan. La experiencia demuestra continuamente, comenzando por la Unión Soviética en los años veinte, que dicho embrión se transforma en auténticos planes detalladamente estudiados y pormenorizados que tienen como misión controlar el funcionamiento del sistema económico en su conjunto. Los precios, el dinero, e incluso los mercados privados, permanecen, pero estas relaciones dinero-mercancía son progresivamente adaptadas y sometidas a planes pensados para alcan-

zar los principales objetivos de los nuevos dirigentes.

La cuestión fundamental que es preciso investigar creo que es la siguiente: ¿Qué es lo que determina si el proceso, una de cuyas partes importantes es la elaboración de estos planes, conduce al socialismo o, por el contrario, restablece una sociedad clasista dominada por una clase de Estado? (En este punto estoy dispuesto a aceptar, al menos como una primera aproximación útil, la definición que da Bettelheim del socialismo: una sociedad en la que en realidad los trabajadores dominan las condiciones y resultados de su actividad productiva, pero sin dejar de reconocer, como creo que el propio Bettelheim hace, que esta caracterización plantea problemas difíciles. Si he comprendido bien la respuesta de Bettelheim, todo dependerá de que el proletariado esté o no en el poder. Si lo está, el movimiento conducirá al socialismo, y si no, las viejas relaciones de explotación sobrevivirán y estará abierto el camino para la toma del poder por la nueva burguesía de Estado. Hay que aclarar que en este último caso Bettelheim no parece ver con mucha claridad las alternativas para el futuro de la revolución. En todo esto no parece que atribuya un papel específico o importante al desarrollo de elementos de mercado en el sistema económico. Este esquema no me parece falso, sino más bien de poca utilidad. En la medida en que puedo juzgar, Bettelheim, para averiguar si el proletariado está o no en el poder, no ofrece otro criterio que el aná-

lisis de la política seguidas por el gobierno y el partido.

Para que la teoría tenga valor explicativo, ¿no es importante que exista un método *independiente* para establecer la identidad de la clase en el poder? O aún más, ¿cuáles son las modalidades y etapas en el desarrollo de una nueva burguesía de Estado? Y quizá lo más importante de todo, ¿en qué condiciones se puede esperar una victoria del proletariado, y en qué condiciones la de la nueva burguesía de Estado? Puedo estar equivocado, pero, por lo menos a este nivel de la discusión, el método de Bettelheim no parece que tenga muchas posibilidades para suministrar respuestas a éstas y otras cuestiones de crucial importancia.

La razón aparece clara cuando uno intenta concretar lo que se entiende por «proletariado» en los países subdesarrollados, en los que han tenido lugar la mayor parte de las revoluciones anticapitalistas de este siglo. En la teoría marxista clásica (la de Marx, Engels y sus sucesores anteriores a la Revolución rusa), el concepto de proletariado era claro y específico: se refería a los obreros asalariados empleados en las grandes industrias capitalistas y que constituían, en los países capitalistas avanzados, la mayoría de la clase trabajadora y una parte muy importante de la población total. Se suponía que, como consecuencia del propio proceso de acumulación capitalista, dichos trabajadores habían adquirido ciertas actitudes y valores específicamente

proletarios (y antiburgueses): solidaridad, espíritu de cooperación, igualitarismo, etc.

Históricamente hablando, se veía el proletario como un «hombre nuevo» engendrado por el capitalismo, con el deseo y con la capacidad y voluntad necesarias para demoler el sistema y abrir el camino hacia la construcción de una nueva sociedad socialista[1]. El partido revolucionario estaba constituido únicamente por los elementos más avanzados y más conscientes, esto es, los componentes más específicamente proletarios de la clase trabajadora, y esto debía ser así porque sus valores y actitudes tenían que ser la manifestación de una auténtica vanguardia, cuya función era servir de guía y líder en el proceso revolucionario. Políticamente, las tareas del proletariado en el poder tenían dos facetas: por un lado, la represión de los contrarrevolucionarios (miembros de las antiguas clases dirigentes y sus servidores dentro de otras clases), y por otro, facilitar el acceso (a través de la educación y otros medios) de los restantes sectores oprimidos de la población (campesinos, pequeños-burgueses, lumpen-proletarios, etc...) al nivel proletario. Económicamente sus tareas consistían en incrementar la productividad, eliminar la irracionalidad y el despilfarro y sustituir tan rápidamente como fuese posible una producción de mercado por un sistema económico comple-

[1] Dentro de los textos marxistas clásicos es la *Crítica del Programa de Gotha*, de MARX, el que mejor perfila este proceso.

tamente planificado. En la medida en que estas tareas fueran realizadas se produciría un movimiento del conjunto de la sociedad, desde el capitalismo al comunismo, pasando por el socialismo. El comunismo se caracterizaría por la distribución de acuérdo con las necesidades, la eliminación de las deplorables diferencias entre trabajo intelectual y manual, entre campo y ciudad, la completa desaparición de las relaciones mercantiles y la progresiva desaparición del Estado.

Puede objetarse que nunca ha existido un proletariado de acuerdo con este esquema y/o que tal proletariado nunca ha tenido la oportunidad de desarrollarse en los países donde han tenido lugar las revoluciones anticapitalistas. No acepto este argumento y creo que el proletariado ruso, tal como se desarrolló en el cuarto de siglo anterior a la Primera Guerra Mundial, se ajustaba perfectamente a la concepción marxista clásica. Aunque era poco numeroso en relación con la población total, estaba concentrado en las más importantes ciudades y, como probó en 1917, era capaz de tomar el poder bajo las confusas circunstancias de aquel momento. Si el período siguiente hubiese sido relativamente pacífico, no veo ningún motivo para dudar de que el proletariado ruso se hubiese establecido como clase rectora y que, gobernando a través de su partido de vanguardia (o, posiblemente, sus partidos), hubiese iniciado la transición al socialismo, de una forma más o menos conforme a lo previsto por la teoría. Dado su carácter minoritario, su

tarea no hubiese sido fácil y hemos de admitir que podría haber fracasado. Pero al menos habría tenido una oportunidad.

Lo que malogró esta oportunidad fueron los años de guerra civil e invasión extranjera que siguieron a la Revolución de Octubre. En 1921, concluidos estos terribles y sangrientos conflictos, el proletariado ruso estaba en gran parte destruido y disperso. «El antiguo movimiento obrero, autónomo y con conciencia de clase —escribía Isaac Deutscher—, con sus nuevas instituciones y organizaciones, sindicatos, cooperativas y clubs educativos, que solían resonar con vigentes y apasionados debates y eran un hervidero de actividad política, estaba ahora transformado en un cascarón vacío»[1]. El Partido bolchevique, antes vanguardia del proletariado, se encontraba ahora desprovisto de una verdadera base, pero con la responsabilidad de gobernar y regir un país con una abrumadora mayoría de campesinos y pequeños burgueses. En estas circunstancias, las condiciones necesarias para la transición al socialismo no existían. El partido estableció una dictadura que inició la labor épica de la industrialización y preparó el país para el inevitable asalto de las potencias imperialistas; pero el precio necesario fue la proliferación de las burocracias políticas y económicas, que actua-

1 *Trotsky, el profeta desarmado*, 1921-1929, Editorial Era, México. Uno de los mayores aciertos de Deutscher es lo claramente que supo ver la naturaleza y significación de este cambio en el proletariado ruso, entre 1917 y 1921.

ron más de represoras que de representantes de la nueva clase obrera soviética y que gradualmente se fueron atrincherando en el poder como una nueva clase dirigente.

Por razones históricas que no es preciso detallar en este momento, en ningún sitio otra revolución, posterior a la Revolución rusa de 1917, ha logrado ajustarse tan perfectamente al modelo marxista clásico. En la mayoría de los casos, el proletariado, escaso y débil al comenzar, ha sido aplastado por la represión y la guerra, y todos los nuevos partidos dirigentes han estado fuertemente influenciados, por diferentes razones, por las formas y métodos soviéticos. Bajo estas circunstancias creo que no tiene mucho sentido decir que el proletariado estaba o podía haber estado en el poder. Lo que surgió en la práctica, probablemente de forma inevitable, fue una dictadura que se proclamaba proletaria y socialista, pero constituida realmente por varias clases y enfrentándose, a vida o muerte, con los problemas de dirigir la economía y mantenerse en el poder.

La cuestión más importante, tal como yo la veo, es cómo determinar si una dictadura de este tipo camina hacia el socialismo o, por el contrario, se vuelve hacia la restauración de un poder de clase. Un factor obvio es la fuerza, experiencia y dedicación al socialismo de los dirigentes. Pero esto no es suficiente. Los dirigentes no operan en el vacío, ni todos los pueblos están igualmente orientados hacia el socialismo. Cada pueblo tiene, por decirlo de

alguna forma, su carácter históricamente formado y más o menos compatible con los objetivos del socialismo (a este respecto, el pueblo de los Estados Unidos, por ejemplo, con sus orígenes puramente burgueses, su ideología y práctica racista y su imperialismo desenfrenado, está lastrado por una serie de inconvenientes formidables). Pero todavía más importante que todo eso me parece la existencia o inexistencia dentro de la población de un sector capaz de jugar el papel atribuido al proletariado en la teoría marxista clásica, un sector con actitudes y valores esencialmente proletarios, aunque no sea producto de una experiencia específicamente proletaria. La historia de las últimas décadas sugiere que el camino más idóneo para encontrar tal «sustituto del proletariado» transcurre a través de prolongadas guerras revolucionarias que involucran a grandes masas de población. En ellas, hombres y mujeres de diferentes clases sociales se ven envueltos en condiciones que contrastan agudamente con sus habituales modos de vida. Son conscientes del valor, más aún, de la necesidad de la disciplina, de la organización, de la solidaridad y de la lucha para sobrevivir. Cultural, política e incluso técnicamente, se elevan a un nuevo y superior nivel. Se transforman en una fuerza revolucionaria de gran importancia, capaz no sólo de demoler el viejo sistema, sino también de edificar el nuevo.

Una dictadura revolucionaria que accede al poder, en un país subdesarrollado, con el apoyo de un fuerte «sustituto del proletariado»,

no podrá evitar los problemas con que se enfrentaron los bolcheviques en 1920; y al igual que les ocurrió a ellos, al intentar solucionarlos, se abrirá el camino a las burocracias políticas y económicas que reproducirán en el seno de esta nueva dictadura el proceso experimentado antes por los bolcheviques. Pero en la actualidad existe un eficaz contrapeso que puede proporcionar las bases para una auténtica lucha de masas contra la degeneración burocrática. Si los dirigentes tienen claros sus objetivos y están dispuestos a evitar la repetición de la experiencia soviética, pueden movilizar a sus partidarios más probados, llegar hasta los jóvenes que todavía no han sido corrompidos por situaciones de privilegio y tratar de derribar las estructuras burocráticas. De esta forma pueden eliminar las barreras que impiden avanzar hacia el socialismo, y pueden ser adoptadas y llevadas a buen fin las políticas proletarias, en el sentido marxista clásico. Esto es lo que ha ocurrido en China muy recientemente, sobre todo en el período de la gran Revolución Cultural proletaria.

Creo que es en el contexto de esta lucha entre la degeneración burocrática y el proceso socialista donde debe ser analizado el problema del mercado en la sociedad de transición. Como expliqué en mi primera respuesta a Bettelheim, nunca defendí la postura de que fuese posible o deseable una temprana eliminación de las relaciones de mercado, y deduzco, por su escrito anterior, que ambos estamos de acuerdo sobre este punto. Lo que quise resal-

tar era que cuando una economía administrada burocráticamente tiene dificultades (lo que es inevitable), existen dos vías posibles y opuestas para solucionarlas. Una de ellas es la debilitación de la burocracia, la politización de las masas y el refuerzo de la iniciativa y responsabilidad de los trabajadores. Esta es la vía que conduce al establecimiento de relaciones de producción socialistas. La otra consiste en confiar cada vez más en el mercado, no como un recurso temporal (tal fue el caso de la N. E. P. de Lenin), sino como un pretendido medio para alcanzar una economía «socialista» más eficaz. Esto equivale, de hecho, a convertir la obtención del beneficio en principal motor del proceso económico y decir a los trabajadores que se ocupen de sus propios asuntos, entendiendo por tales el trabajar más para poder consumir más. La adopción de esta última vía lleva a reproducir las condiciones en las que prospera el fetichismo de la mercancía, junto a la falsa y alienada conciencia correspondiente. En último término, la vuelta a la dominación de clase y a la restauración del capitalismo.

Para concluir, me gustaría subrayar que estoy totalmente de acuerdo con Bettelheim cuando dice:

«Es fundamentalmente cierto que la existencia de *relaciones mercantiles* obstaculiza la dominación de los productores sobre sus productos y que el pleno desarrollo de estas relaciones lleva a la dominación de la burguesía

sobre los productores inmediatos, y por consiguiente, a la no dominación por parte de los productores sobre sus condiciones de existencia. También es fundamentalmente cierto que la eliminación de las relaciones mercantiles figura entre las *tareas históricas* que debe llevar a cabo el proletariado durante la construcción del socialismo.»

Solamente añadiría que, decir de una tarea que es «histórica» no significa que pueda ser olvidada sin peligro en algún momento.

(Diciembre 1970.)

VI. DICTADURA DEL PROLETARIADO, CLASES SOCIALES E IDEOLOGIA PROLETARIA

Charles Bettelheim

El texto de Paul Sweezy indica que hemos logrado ponernos de acuerdo en lo esencial sobre las respuestas que dar a los problemas explícitamente abordados en nuestra correspondencia anterior. Lo cual confirma que es posible superar divergencias iniciales, incluso sobre problemas complejos, cuando se parte de esta base común que constituye la concepción marxista de la historia, de la economía y de la política y cuando se lleva a cabo una discusión suficientemente amplia.

Por supuesto, la discusión proseguida desde octubre de 1968 entre Paul Sweezy y yo, ha suscitado «nuevas» cuestiones: realmente las que se encontraban tras los puntos divergentes del comienzo.

Sobre algunas cuestiones:

Las preguntas que me ha dirigido Paul Sweezy en su último texto me parece que pueden resumirse del modo siguiente:

Partiendo de un punto que aceptamos conjuntamente —la marcha hacia el socialismo

presupone que el proletariado haya ocupado el poder—, P. Sweezy me pregunta:

a) Si, desde mi punto de vista, la cuestión de la *naturaleza de clase del poder* depende exclusivamente de la política proseguida por el gobierno y por el partido.

b) Si no sería necesario, para que la teoría del poder proletario tenga un valor explicativo, disponer de un método independiente para investigar la identidad de la clase instalada en el poder.

Tras lo cual, Paul Sweezy formula dos preguntas:

c) ¿Cuáles son las modalidades y las etapas del crecimiento de una nueva burguesía de Estado?

d) ¿En qué condiciones cabe esperar una victoria del proletariado y en qué condiciones puede producirse una victoria de la nueva burguesía de Estado?

Paul Sweezy piensa que las dificultades que plantean estas cuestiones están relacionadas con la dificultad de precisar lo que se entiende por «proletariado» en el «tipo de países subdesarrollados en los que han tenido lugar la mayor parte de las revoluciones anticapitalistas del siglo XX». Paul Sweezy piensa efectivamente que la teoría «clásica» de Marx y Engels había sido elaborada en función del papel histórico que en la óptica de los fundadores del socialismo científico debía desempeñar el proletariado de los países industrializados en el proceso revolucionario. Ahora bien, añade Sweezy, con la excepción de la Unión Soviética,

dicho proletariado no existía en los países que han experimentado una revolución socialista. Además, incluso en Rusia, el proletariado no tuvo la posibilidad de llevar a cabo sus tareas de dirección económica y política, al haber sido en gran parte destruido y dispersado como consecuencias de las condiciones de la guerra civil y de la invasión extranjera.

No me propongo por el momento discutir sobre el peso real de la clase obrera en los diferentes países que han conocido una revolución socialista, ni sobre los efectos de la guerra civil en la Unión Soviética sobre el poder proletario; en cambio, pienso que es muy importante suministrar elementos de respuesta a las otras cuestiones anteriormente enumeradas.

Ciertamente, la importancia y la amplitud de esas cuestiones no permiten que las contestemos aquí de la forma tan detallada que merecerían, al menos en un artículo de revista; para ello haría falta escribir un libro. De todos modos, es posible y útil enunciar brevemente algunas respuestas. Por otra parte, las proposiciones desarrolladas por Paul Sweezy, en la segunda parte de su último texto, ayudan al enunciado de esas respuestas.

Sobre la naturaleza de clase de un poder surgido de la revolución:

Desde mi punto de vista, lo que permite determinar la verdadera naturaleza de clase de

un poder que se ha establecido de forma revolucionaria gracias a la lucha de las masas trabajadoras, de un poder que ha expropiado a las antiguas clases posesoras y que invoca a la clase obrera, radica en la *naturaleza de los intereses de clase* que ese poder sirve, lo cual remite a las relaciones concretas de ese poder con las masas trabajadoras, y por tanto, a las *formas de existencia del poder del proletariado.*

a) *La naturaleza de los intereses de clase* que el poder sirve. El análisis debe responder, en términos de clase, a la pregunta: «*¿A quién sirve el poder?*» ¿Acaso sirve a los intereses presentes y futuros de los productores directos y en primer lugar a la clase obrera? ¿Acaso *ayuda* a los trabajadores a transformar de forma revolucionaria las relaciones sociales con objeto de que controlen cada vez en mayor grado sus propias condiciones de existencia? ¿O tal vez sirve a los intereses de una minoría de no productores, aunque esta minoría se proclame o no «sacrificada a la causa del socialismo»?

b) *Las relaciones concretas* que los órganos del poder mantienen con las masas trabajadoras. Actualmente, a la luz de la experiencia histórica y del análisis teórico sobre esta experiencia, resulta evidente que no puede hablarse de un *poder proletario* más que si este poder comporta, desde el punto de vista de sus *prácticas reales*, características específicas y sólo si el partido dirigente prosigue *una línea proletaria.*

1. *Las características de un poder proletario.*

Frente a las confusiones que durante mucho tiempo han existido y que todavía no han desaparecido, hay que recordar que la dictadura del proletariado tiene esencialmente por efecto la implantación de determinadas condiciones políticas necesarias para que los productores directos puedan controlar y dirigir colectivamente, es decir, a escala social, sus medios de producción y sus condiciones de existencia. También hay que recordar que este control en modo alguno se encuentra garantizado por la nacionalización de los medios de producción y por la «planificación económica». Lo que dirige este control, que sólo puede adquirirse a través de una larga lucha de clases, es ante todo, pero no únicamente, la detentación del poder por los productores. Podremos recordar en este caso lo que Lenin escribía en febrero de 1917:

«La cuestión del poder constituye sin duda el problema más importante de toda revolución. ¿Qué clase es la que detenta el poder? Ese es el problema de fondo..., el problema del poder ni puede eludirse ni relegarse a un segundo plano... constituye el problema fundamental, el que determina todo el desarrollo de la revolución, su política exterior e interior»[1].

[1] V. I. LENIN: «Uno de los problemas fundamentales de la Revolución», *Oeuvres complètes*, tomo XXV, página 398.

El control de los trabajadores sobre sus condiciones de existencia exige, en primerísimo lugar, que el antiguo aparato de Estado sea destruido y sustituido por un aparato radicalmente diferente. Si el nuevo aparato de Estado se *asemeja*, en lo esencial, al antiguo aparato, sólo puede asegurar la reproducción de *las mismas relaciones sociales.*

El contenido fundamental de la *diferencia* entre un aparato de Estado proletario y un aparato de Estado burgués radica en la *no-separación* del aparato del Estado proletario respecto a las masas, su *subordinación* a estas últimas, por consiguiente la desaparición de lo que Lenin denominaba «un Estado en sentido propio»[2] y su sustitución por el «proletariado organizado en tanto que clase dominante»[3].

Para que los productores directos puedan controlar sus condiciones de existencia, es necesario que haya desaparecido el *antiguo tipo de aparato de Estado* que concentra en él lo esencial de las decisiones políticas y de los medios de ejecución, que dispone de fuerzas represivas autónomas, no dudando en emplearlas contra las masas trabajadoras.

Sin caer en el formalismo de «criterios abstractos», fijados al margen de cualquier consideración de tiempo y lugar, puede afirmarse que un signo extremadamente importante del

---

[2] Véanse las notas de LENIN sobre la *Crítica del Programa de Gotha*, notas redactadas en el período de enero-febrero de 1917.

[3] Véase V. I. LENIN: *El Estado y la Revolución* en *Oeuvres complètes*, tomo XXV, página 467.

carácter no proletario del poder, o del hecho de que el poder haya perdido ampliamente su carácter proletario, consiste en la existencia de un aparato de Estado situado por encima de las masas y actuando en relación con éstas de forma autoritaria.

El carácter significativo de este índice de la naturaleza no proletaria del poder se ve aún reforzada si las relaciones de *subordinación* de las masas en relación con el aparato del Estado se ven redobladas por relaciones análogas entre las masas y el partido dirigente (volveré a insistir más adelante sobre este último aspecto).

Cuando el aparato del Estado está separado de las masas, situándose por encima de ellas, y cuando el partido dirigente, en lugar de luchar contra esta situación, contribuye a reforzarla, se reúnen condiciones objetivas para que se reproduzcan relaciones políticas de opresión, en el seno de las cuales pueden también reproducirse condiciones de explotación. Tales relaciones de explotación existen cuando un trabajo excedente es impuesto a los productores directos por no-productores y cuando la utilización de ese trabajo excedente no está controlado por los productores, sino que se decide al margen de ellos, aunque sea a través de un «plan económico». También sabemos que puede existir explotación, incluso si el producto creado por ese trabajo excedente no es consumido directamente por quienes controlan su empleo. El aspecto principal de la explotación capitalista, por lo demás, radica en

ser una explotación realizada con vistas a la acumulación y no al consumo.

En resumen, si un aparato de Estado *separado* de las masas es quien detenta los medios de producción (a consecuencia de su nacionalización), y además, *si este aparato no está sometido al control de un partido vinculado a las masas y que ayuda a estas últimas a luchar para asegurarse el control de los medios de producción,* nos encontramos en presencia de una estructura de relaciones que reproduce la *separación de los productores directos de sus medios de producción.* En estas condiciones, si la combinación de las fuerzas de trabajo y de medios de producción se realiza a través de una *relación salarial,* esto significa que las relaciones de producción son *relaciones capitalistas* y quienes ocupan puestos de dirección en el aparato de Estado central y en los aparatos vinculados a él constituyen un *capitalismo colectivo,* una burguesía de Estado.

Como se ha señalado incidentalmente poco antes, intentar proponer un criterio abstracto y aislado del carácter proletario del Estado sin tomar en consideración las condiciones históricas concretas y en particular la naturaleza de las relaciones de Estado y del partido dirigente, las características de ese partido y *el sentido en el cual se orienta su acción,* equivaldría a un enfoque dogmático y formalista. Por esta razón no existe indudablemente un «modelo único» de la *no-separación,* es decir, de la *unidad* del aparato de Estado y de las masas, sino solamente *formas concretas* que corres-

ponden a las condiciones históricas de la *lucha de clases.*

Los ejemplos históricos de aparición de tales formas de unidad están constituidos por la Comuna de París, por los Soviets de 1917 en Rusia y por las diferentes formas de poder popular en China (tanto por las formas «civiles» como por las formas «militares»: el Ejército Popular de Liberación no es solamente y sin lugar a dudas el primer ejército no separado del pueblo, sino también un ejército *integrado* en este último y sirviéndole).

La experiencia histórica demuestra que debido a las relaciones ideológicas dominantes, que son el resultado de siglos de opresión y de explotación y que se reproducen sobre la base de una *división social del trabajo* que no puede ser revolucionada inmediatamente, las formas políticas que permiten a los productores directos organizarse ellos mismos en clase dominante tienden espontáneamente, si no se dirige una lucha sistemática contra esta tendencia, a transformarse en el sentido de una *«autonomización» de los órganos del poder,* es decir, de una *nueva separación de las masas y del aparato del Estado,* por tanto, a la reconstitución de relaciones políticas de opresión y de relaciones económicas de explotación. Por eso, durante todo el período de transición, continúa la lucha entre las dos vías: la socialista y la vía capitalista.

Afirmar que una formación social en transición sigue la vía socialista equivale a afirmar que se ha empeñado en un proceso de

transformación revolucionaria que permite a las masas trabajadoras dominar cada vez en mayor grado sus condiciones de existencia, es decir, de liberarse gradualmente. Afirmar que una formación social sigue una vía capitalista equivale a afirmar que está empeñada en un proceso que *sojuzga* cada vez en mayor grado a las masas trabajadoras según las exigencias de un proceso de reproducción que ellas no controlan y que, en definitiva, tan sólo puede servir a los intereses de una minoría, aquella que utiliza el aparato del Estado para establecer y consolidar las condiciones de su propia dominación.

La vía seguida por una formación social es siempre un producto de la *lucha de clases*. Esta última enfrenta a quienes luchan por el triunfo de la vía socialista con aquellos que luchan por el triunfo de la vía capitalista. Los primeros están constituidos por el proletariado y por el conjunto de las clases populares que están asociadas a él; los segundos están constituidos por el conjunto de las fuerzas sociales burguesas, hayan pertenecido o no a la antigua burguesía y sean o no «conscientes» del hecho de que la línea política que defienden conduce a la pérdida del poder del proletariado. En las condiciones de la nacionalización de los medios de producción, el lugar privilegiado de constitución o de reconstitución de las fuerzas sociales burguesas es el propio aparato de Estado, los vértices del partido dirigente y de los aparatos ideológicos y económicos. Para que el proletariado no deje

de desempeñar el papel dirigente, es necesario que conserve prácticamente siempre la iniciativa en los frentes ideológicos y políticos. Para ello es absolutamente necesario que permanezca unido y estrechamente asociado al conjunto de las clases populares, que tienen asimismo interés en el socialismo. Esas condiciones sólo pueden cumplirse si el proletariado dispone de un aparato ideológico y político propio: un partido marxista-leninista. Llegado a este punto surge una segunda categoría de problemas.

2. *Las características del partido dirigente.*

El núcleo de estos problemas consiste en lo siguiente: para ayudar al proletariado y a las clases populares asociadas a él a progresar en la vía socialista, no basta con que el partido marxista-leninista que ha guiado al proletariado en la conquista del poder, continúe siendo *aparentemente* «el mismo», es preciso que no cambie *realmente* de carácter de clase; por consiguiente, tiene que continuar siendo un partido proletario; efectivamente, no puede existir dictadura del proletariado si el partido dirigente no es el de la clase obrera.

El carácter proletario del partido evidentemente no depende de la «*auto-proclamación*», de la afirmación del propio partido de su voluntad de «construir el socialismo» o de su «determinación de ser fiel al marxismo-leninismo» a un «ideal revolucionario». Este ca-

rácter sólo puede quedar determinado por un *análisis concreto* que revelará si las prácticas políticas e ideológicas del partido dirigente constituyen o no prácticas proletarias.

La experiencia histórica nos permite en adelante caracterizar mejor la naturaleza de clase de las prácticas políticas e ideológicas que desarrolla un partido dirigente. Esta experiencia, iluminada por la teoría marxista, hace resaltar que el carácter de clase de la práctica política e ideológica de un partido se manifiesta en la forma de sus relaciones con las masas, en las relaciones interiores en el seno del partido y en las relaciones de este último con el aparato del Estado.

Si las relaciones concretas del partido dirigente y de las masas no son aquellas que corresponden a una práctica proletaria, y si, en el propio partido, las relaciones autoritarias priman sobre la discusión y sobre la lucha ideológica, es inevitable que las concepciones teóricas efectivas del partido se alejen cada vez más del contenido revolucionario del marxismo. No pueden existir concepciones teóricas justas en ausencia de una práctica política correcta. Para que los principios marxistas-leninistas a los que un partido dirigente se refiere continúen vivos, y no «operen» como un dogma muerto al margen de la vida, es por tanto necesario que el partido y sus miembros no desarrollen prácticas autoritarias, sometiendo a crítica a quienes se empeñen en tales prácticas recurriendo constantemente a la crítica de las masas.

En resumen, un partido dirigente sólo puede ser un partido proletario si no pretende *dirigir* a las masas, sino que, por el contrario, continúa siendo el *instrumento de sus iniciativas*. Esto es sólo posible si se somete efectivamente a la *crítica de masas*, si no pretende imponer a éstas lo que «deben» hacer, si parte de lo que las masas están dispuestas a realizar y si ayuda al desarrollo de las relaciones socialistas. Para ayudar a este desarrollo, el partido debe saber reconocer lo que va en dicho sentido; precisamente para esto es para lo que sirve la teoría marxista-leninista.

El papel de un partido proletario consiste, pues, en *ayudar* a las masas a que se realicen *ellas mismas*, lo que está conforme con sus *intereses fundamentales*. En cada etapa de una lucha ininterrumpida para la transformación de las relaciones sociales, el partido debe guiar a las masas a avanzar lo más lejos posible en la vía de las iniciativas que permiten consolidar y desarrollar relaciones sociales proletarias, habida cuenta de los límites objetivos y subjetivos del momento y del lugar.

Un partido proletario no puede pretender «actuar en el lugar» de las masas. En efecto, éstas deben *transformarse a sí mismas al tiempo que transforman al mundo objetivo*, y sólo pueden transformarse a través de *su propia experiencia* de las victorias y de los fracasos. Solamente de este modo es como las masas pueden *conquistar una conciencia, una voluntad, una capacidad colectivas, es decir, su libertad de clase.*

Una *política proletaria* —única garantía de la conservación del poder por el proletariado— debe asegurar, pues, que las masas lleven a cabo *por sí mismas* lo que tienen objetivamente interés de realizar, y esto en la medida en que subjetivamente están dispuestas a hacerlo. Cualquier violación de la conciencia y de la voluntad propia de las masas constituye un *paso atrás*. Estos pasos atrás son los que pueden conducir a la pérdida del poder por el proletariado.

El papel del partido consiste, por consiguiente, no solamente en definir objetivos justos, sino en captar lo que las masas están dispuestas a hacer y a arrastrarlas hacia delante *sin recurrir nunca a la constricción*, sino lanzando consignas y directrices que las masas puedan *hacer suyas*, elaborando una táctica y una estrategia adecuadas y ayudando a las masas a *organizarse*.

En función de las exigencias de tales relaciones entre el partido y las masas populares, en función de tales prácticas, es esencial, como escribe Mao-Tsé-Tung, que «la dictadura no se ejerza en el seno del pueblo» y que las masas populares «disfruten de la libertad de palabra, de prensa, de reunión, de asociación, de cortejos, de manifestaciones, de creencias religiosas, así como de otras libertades» [4].

Afirmar que la dictadura no se ejerce en el

---

[4] «Sobre la justa solución de las contradicciones en el seno del pueblo», cita extraída de *Quatre Essais philosophiques*, Pekín, 1966, página 93.

seno del pueblo equivale a afirmar también que tampoco se ejerce sobre la pequeña burguesía y, sobre todo, sobre las capas más pobres del campesinado medio. El proletariado y su partido deben conducir a la pequeña burguesía por la vía del socialismo, que precisamente responde a su interés real, pero no deben realizar ningún tipo de constricción respecto a esta última. Lo que se trata de llevar a cabo es una lucha ideológica que permita, según otra fórmula de Mao-Tsé-Tung, «arrastrar a las ideas pequeño-burguesas tras la estela de las ideas proletarias».

Estas son algunas de las características de las prácticas políticas e ideológicas que manifiestan que un partido es al mismo tiempo un partido *dirigente* y un partido *proletario*, es decir, un partido que dirigiendo a las masas no se imponga a ellas, un partido que *centralice* las iniciativas de las masas con objeto de ayudarlas a llevar a cabo *batallas políticas unificadas*. Un partido que actúe de ese modo es necesario para el ejercicio de la dictadura del proletariado, ya que gracias a la ayuda de un partido de ese tipo el proletariado y las clases populares pueden cada vez en mayor medida convertirse en dueños de sus propias condiciones de existencia avanzando en la vía de su libertad colectiva, lo que sólo es posible sobre la base de su *unidad*, pero de una unidad no *impuesta*, sino realmente deseada.

3. *El partido y el aparato de Estado.*

No es necesario insistir aquí sobre los problemas que plantean las relaciones del partido con el aparato de Estado, porque la naturaleza de esas relaciones constituye una de las características esenciales de la dictadura del proletariado. Esta última exige efectivamente que el aparato de Estado esté *subordinado* al partido proletario. Unicamente esta subordinación permite luchar contra la tendencia a la autonomización del aparato de Estado, de evitar la vía capitalista y garantizar la extinción gradual del Estado, a condición de que las relaciones entre el partido y las masas estén correctamente articuladas.

El *aparato dominante* del poder proletario es por consiguiente el *partido marxista-leninista* y no el aparato de Estado. El partido marxista-leninista es el verdadero instrumento de la dictadura del proletariado y la forma esencial de organización del proletariado como clase dominante.

El papel decisivo que corresponde al partido está vinculado al *lugar dominante* que ocupa la *ideología proletaria* de la que ei partido es *portador;* por eso este papel no se ejerce solamente con respecto al conjunto de los otros aparatos sociales, sino también en relación con las masas trabajadoras a las que ayuda a transformarse, es decir, a apropiarse de la concepción proletaria del mundo, concepción de la

que las masas están al comienzo parcialmente *separadas* por la ideología burguesa. El partido proletario asume el papel que le corresponde haciendo penetrar la ideología proletaria en las masas gracias a la ayuda que les aporta en las luchas que aquéllas llevan a cabo y extrayendo, también él, las lecciones de esas luchas; por consiguiente, aprendiendo junto a las propias masas.

El partido proletario es de este modo el instrumento de una *manifestación* de las masas, no solamente de su *acción*, sino también de su *ideología*.

El papel efectivamente dominante de los trabajadores crece a medida que construyen su ideología proletaria y que la desarrollan. De este modo es como se crean, en el seno de las propias masas, las condiciones de la desaparición del conjunto de las relaciones sociales burguesas. El papel que debe asumir un partido dirigente marxista-leninista exige que conceda siempre la primacía a la *lucha de clases* y que convierta a la ideología proletaria en el *factor dominante* de esta lucha. En la ausencia de un partido que actúe de este modo, la transformación revolucionaria de las relaciones objetivas y subjetivas es imposible, y la vuelta a la dominación de la burguesía resulta inevitable.

El papel dominante del partido y la naturaleza ideológica y política de este papel determinan el lugar esencial que ocupa la *lucha ideológica de clase* en el seno del partido y la necesidad de un cierto «estilo de dirección»

que precisamente se ha podido calificar de «proletario». Solamente este estilo de dirección permite progresar en la vía del socialismo, no por la constricción (que jamás logra progresar en esta vía), sino por la ayuda ideológica y política aportada al conjunto de los trabajadores. En esas condiciones, estos últimos son efectivamente quienes progresan en la vía socialista, lo cual constituye la *única manera de avanzar* por dicha vía. Lo cual constituye uno de los aspectos de lo que en el partido comunista chino se denomina una «*línea de masa*».

A este respecto no es inútil añadir que si el concepto «*línea de masa*» está íntimamente ligada a la práctica del partido comunista chino, los fundamentos teóricos que permiten construir ese concepto ya se encuentran en Marx y Lenin. Sin embargo, gracias a la experiencia de la revolución china y a las concepciones de Mao-Tsé-Tung, podemos pensar teóricamente en la actualidad el concepto «*línea de masa*», pudiendo comprenderse que es a través de la aplicación de la línea de masa como un partido dirigente es el instrumento de la dictadura y de la democracia proletarias porque finalmente la existencia del poder proletario se dilucida a nivel de las *relaciones del partido con las masas.*

La cuestión de un «método independiente».

Desde mi punto de vista no parece que sea posible enjuiciar por un «método independiente» del que acaba de explicitarse la naturaleza proletaria o no de un poder político instaurado tras una revolución. En efecto, el poder del proletariado se ejerce ante todo sobre una *base económica que únicamente la detentación del poder político no basta para transformar de arriba abajo.*

Inmediatamente después de una revolución proletaria, a pesar de todas las «nacionalizaciones» o «colectivizaciones», continúan subsistiendo la mayor parte de las antiguas relaciones sociales porque no pueden ser directamente «*abolidas*». La eliminación de esas relaciones no depende de «decisiones» que podrían adoptarse en la «cumbre» por un poder revolucionario siendo inmediatamente aplicadas. Esta eliminación no puede ser más que el resultado de un *proceso revolucionario desarrollándose sobre un período histórico,* de un proceso en el transcurso del cual el conjunto de las relaciones sociales se ha «revolucionado», al mismo tiempo que se han transformado revolucionariamente quienes participan en este proceso. En particular, el control de los productores sobre sus condiciones de producción y de asistencia exige una transformación creciente de la división social del trabajo con el fin de que progresivamente se suprima la se-

paración entre el trabajo manual y el trabajo intelectual, la distinción entre las tareas de ejecución y las tareas de dirección, y que, por tanto, también se reduzca, y se elimine posteriormente, el papel de los técnicos situados «por encima» de los trabajadores.

Mientras estas transformaciones están en curso, quienes llevan a cabo estas tareas de dirección y las tareas «técnicas», los cuadros políticos y técnicos deben vivir en el seno de las masas, igual que ellas, encontrarse sometidos a su control y participar en el trabajo manual.

De todos modos, la transformación radical de las relaciones de los trabajadores entre sí y con sus medios de producción, la total desaparición de las relaciones de producción burguesas y de la división social burguesa del trabajo, no pueden ser el producto «espontáneo» del «desarrollo de las fuerzas productivas». Esta transformación sólo puede ser el resultado de una *larga lucha de clases* librada bajo la dictadura del proletariado, de una lucha de clases que se desarrolle en una vía correcta, lo cual exige que se guíe por las concepciones marxistas-leninistas bajo sus formas más desarrolladas, es decir, tal como se presentan actualmente, habida cuenta de las enseñanzas de la Revolución china. También en este caso desempeña un papel decisivo el marxismo-leninismo en tanto que teoría y práctica revolucionaria, precisamente debido a ello es importante hacer resaltar claramente en qué consiste el carácter proletario del marxismo-leninismo.

El marxismo-leninismo como teoría del proletariado.

El marxismo-leninismo es la teoría del proletariado porque *es la expresión teórica de la existencia del proletariado en el modo de producción capitalista:* el marxismo se ha desarrollado colocándose en el punto de vista del proletariado, único punto de vista a partir del cual es posible comprender la significación de las luchas proletarias. Cabe recordar en este caso la frase de Marx que, al analizar el alcance histórico de la Comuna de París, declaraba que para la burguesía y para quienes permanecen en las posiciones de ésta, el sentido de las luchas proletarias de clase se les escapa, es una «esfinge», o sea, un «enigma».

El marxismo y el leninismo arrancan no solamente de las luchas proletarias de clase, sino también de un análisis de las *contradicciones objetivas* del modo de producción capitalista, del descubrimiento de la *especifidad* de la posición del proletariado en ese modo de producción. Esta posición es la de una clase productora totalmente desprovista de medios de producción, totalmente separada de sus condiciones de existencia por el proceso de reproducción capitalista, de una clase que no puede liberarse de la explotación capitalista, sino suprimiendo no solamente el capitalismo, sino también todas las formas de explotación del hombre por el hombre, destruyendo totalmen-

te las relaciones sociales existentes y sustituyéndolas por relaciones radicalmente nuevas.

La especifidad de la posición del proletariado en el modo de producción capitalista para liberarse *le obliga* a desarrollar una ideología revolucionaria radical. La liberación del proletariado de la explotación y de la opresión exige efectivamente su *radicalización ideológica*, su adhesión creciente a una ideología completamente revolucionaria que es *fundamentalmente la suya propia*, siendo *otra* completamente distinta de aquella que la enorme presión de los aparatos ideológicos de la burguesía tiende constantemente a imponerle[5].

La ideología proletaria es aquella que *corresponde a la posición del proletariado en el modo de producción capitalista;* esta ideología es el marxismo-leninismo, que precisamente se ha desarrollado y se desarrolla a partir de un análisis de la posición objetiva del proletariado, a partir de la asunción de las contradicciones en el seno de las cuales se desarrolla espontáneamente la lucha proletaria de clase y de las posiciones que adopta espontáneamente el proletariado cada vez que sus propias luchas alcanzan una cierta intensidad.

En este sentido muy preciso, el marxismo-leninismo constituye la teoría revolucionaria

---

[5] La ideología a la que el proletariado está sometido de ese modo no es evidentemente la ideología *del* proletariado, sino de la que *pesa sobre él* o, como dice RIVENC en un texto no publicado sobre *La filosofía de Mao-Tsé-Tung*, «la ideología entre el proletariado».

del proletariado. Por esta razón posee la capacidad de penetrar con una rapidez fulminante en la clase obrera cada vez que las contradicciones objetivas en las que el proletariado se ve atrapado alcanzan una cierta acuidad. Por esta razón también, cada vez que las luchas proletarias de clase alcanzan una cierta intensidad, el proletariado *encuentra por sí* mismo las formas de organización que Marx y Lenin mostraron que correspondían al papel revolucionario del proletariado; esas formas de organización son las de la Comuna de París, los Soviets de 1905 y de 1917, los Comités Revolucionarios en numerosos países y particularmente en China en el transcurso de la Revolución Cultural.

Al mismo tiempo, la naturaleza de las contradicciones en las que el proletariado se encuentra atrapado explica que esas formas de organización, que podemos designar con el término de «realización espontánea de la ideología proletaria», por sí solas son inestables y frágiles, de ahí la necesidad de la construcción de un *aparato ideológico y político específicamente proletario*, de un partido marxista-leninista portador de la ideología proletaria. Únicamente un aparato de este tipo permite a un tiempo *concentrar* las iniciativas de masa que corresponden a las exigencias de la liberación de las clases dominantes de todas las formas de explotación y de opresión, permitiendo a esas clases, a través de las luchas que libran, *apropiarse la ideología proletaria* que la acción de la burguesía tiende constantemente a *sepa-*

rarlas. Como subraya Marx, a través de las luchas revolucionarias, y solamente a través de esas luchas, es como el proletariado logra transformarse ideológicamente a sí mismo. Así es como lo descibe en *La ideología alemana:*

«... La revolución no es... solamente necesaria porque no existen otros caminos de derrocar a la clase dominante, sino también porque la clase que derroca a la otra sólo puede, mediante una revolución, lograr desembarazarse de todo el viejo fárrago, convirtiéndose de este modo en capaz de efectuar una nueva fundación de la sociedad»[6].

El marxismo-leninismo es la teoría revolucionaria del proletariado porque extrae *hasta el final* las conclusiones que impone el análisis de las luchas del proletariado y de la posición de este último en el modo de producción capitalista, cuando se sitúa desde el punto de vista de los explotados y no desde el punto de vista de los explotadores. El marxismo-leninismo ha podido de este modo demostrar a un mismo tiempo el papel radicalmente revolucionario del proletariado y el carácter histórico mundial de la revolución proletaria, estando ligado este carácter al desarrollo del modo de producción capitalista como un sistema mundial de explotación y de opresión del cual los pueblos no pueden liberarse definitivamente sino a escala mundial.

---

[6] Véase K. MARX: *La ideología alemana*, cita extraída de MARX, *Oeuvres philosophiques*, Editions Costes, tomo VI, página 184.

La teoría revolucionaria del proletariado y las fuerzas sociales y políticas de la revolución.

A partir de lo que precede se puede abordar el punto decisivo siguiente: una vez que *existe* el marxismo-leninismo en tanto que teoría proletaria revolucionaria, y dado que existe como *partido revolucionario* que «realiza» esta ideología y que la utiliza, *el alcance de esta teoría en modo alguno se limita solamente al proletariado.*

Así sucede porque la revolución proletaria es una revolución destinada no a elevar al poder a una nueva clase explotadora, sino, por el contrario, está destinada a hacer desaparecer todas las formas de explotación y de opresión. Como recuerda Engels en el prólogo fechado el 26 de junio de 1883 al *Manifiesto Comunista,* la revolución proletaria, en su desarrollo, no solamente conduce a liberar al proletariado de la explotación, sino que libera «a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de las luchas de clases». Este carácter específico de la revolución proletaria significa que si esta revolución se ha hecho posible gracias a la existencia mundial del modo de producción capitalista y a la existencia del proletariado, *no es un asunto que competa exclusivamente al proletariado,* sino que interesa a todos los explotados, a todos los oprimidos, a todos cuantos toman posición a favor del fin de la explotación y de la opresión.

Cuanto precede permite comprender por qué una revolución proletaria puede perfectamente triunfar incluso en países donde la clase obrera es numéricamente débil y por qué esa revolución no deja por ello de ser en menor grado una *revolución proletaria*.

El carácter proletario de una revolución se debe mucho más al *papel dominante* que desempeña la ideología proletaria y el partido portador de esta ideología que a la amplitud «numérica» del proletariado. El papel dominante del proletariado en la revolución es, por consiguiente, ante todo, un papel ideológico y político. El proletariado, por tanto, puede ser la fuerza ideológica y política *dirigente* de la revolución, incluso cuando no constituye la fuerza numérica *determinante*, es decir, incluso cuando son otras clases sociales, por ejemplo, los campesinos pobres y medios, quienes constituyen esas fuerzas determinantes.

Llegados a este punto hay que abordar un problema importante: el de la *determinación del proletariado como clase* durante la transición socialista. Este problema se conecta con el papel dominante de la ideología proletaria en el transcurso de esta transición.

La constitución del proletariado en tanto que clase dominante es el resultado de un proceso histórico: el proceso de apropiación de su propia ideología por el proletariado. Este proceso histórico exige la intervención de un aparato ideológico específico, el partido proletario, siendo él mismo el efecto de un proceso de *luchas sociales* por la transformación de la

sociedad y del mundo. Efectivamente, como sabemos, a través de esa lucha es como el proletariado se transforma él mismo, *unificándose* gracias a su propia ideología, rechazando cada vez más la ideología extranjera que gravita sobre él y dominando cada vez en mayor grado las fuerzas materiales y sociales, transformando la naturaleza de las fuerzas productivas gracias a la *verdad* de su ideología, esta verdad que constituye su potencia desde el momento en que se apodera de las masas. A través de las transformaciones que el proletariado realiza de este modo, se convierte en una clase dominante que no domina a ninguna otra clase, sino que se domina a sí misma.

La determinación del proletariado como clase dominante gracias a la apropiación de la ideología proletaria es un proceso que concierne ante todo a la clase obrera, porque la ideología proletaria es precisamente la que corresponde a la posición objetiva del proletariado en el modo de producción capitalista. Sin embargo, a partir del momento en que se inicia la ruptura con ese modo de producción, la apropiación de la ideología proletaria es un proceso que concierne no solamente al conjunto de los productores directos, sino también —debido al carácter liberador para la sociedad en su conjunto de la revolución proletaria— a los agentes de las otras prácticas sociales, a condición de que *renuncien completa y totalmente* a los estrechos intereses de su clase de origen y que luchen concreta y efectivamente por la victoria de la revolución, que estén cons-

tantemente guiados por las exigencias de la lucha por el socialismo y por las concepciones proletarias que aspiran a la supresión de todo cuanto obstaculice el control por los productores directos de sus condiciones de existencia, de todo cuanto les separa de sus medios de producción, de todo lo que les divide.

La determinación ideológica del proletariado como clase dominante significa que pueden incorporarse al proletariado todos cuantos estén en posiciones proletarias de clase, en la medida en que estén total y completamente en esas posiciones. De este modo es como en una formación social en transición al socialismo quienes ocupan los puestos de dirección son burgueses o proletarios, según que sean o no comunistas en el sentido más completo del término, es decir, que se encuentren situados completa y totalmente en posiciones proletarias. Porque esta posición de clase, no arraigada en una situación de clase inscrita en el proceso de producción, puede transformarse por la lucha ideológica de clase, es por lo que esta lucha reviste una importancia primordial y puede determinar la *vía* en la que evolucione la formación social. También porque la situación social efectiva, presente o pasada, la experiencia de la explotación, de la opresión y de la miseria facilitan la adhesión a una posición proletaria de clase, es por lo que los campesinos pobres y los campesinos medios con menos recursos constituyen, junto al proletariado, la base social fundamental de la dictadura del proletariado.

En las formaciones sociales en transición continúan estando efectivamente presentes, durante todo un período, además del proletariado y de la burguesía, otras clases y fuerzas sociales y en particular las diversas clases populares, como los campesinos pequeños y medios. La solidez del poder del proletariado exige que ese poder se apoye sobre relaciones democráticas con esas clases populares. La propia *unidad* del proletariado y de las otras capas populares —*unidad sin la cual la dictadura del proletariado resulta imposible*— exige por consiguiente que el proletariado respete la especificidad de esas capas con objeto de *guiarlas* por el camino del socialismo, que también es, como se sabe, el *camino de su propia liberación. Nada puede obtenerse en este sentido utilizando la constricción,* el recurso a esta última no hace sino *dividir* las fuerzas populares, *aislar* al proletariado, pudiendo sólo conseguir *que pierda el poder.* Esto es indudablemente cierto, tanto en los países industrializados como en los países débilmente industrializados en los que el proletariado es numéricamente escaso.

La expresión exacta desde un punto de vista científico de «dictadura del proletariado» ha podido contribuir a perder de vista que ninguna dictadura debe jamás *ejercerse sobre las diferentes clases populares.* El término de «dictadura del proletariado» designa efectivamente la relación de dominación política que debe ejercerse exclusivamente contra la pequeña minoría que constituye la burguesía; esta expre-

sión no podría en ningún caso caracterizar las relaciones que deben existir entre el proletariado y las clases populares. Si en determinados momentos estas últimas yerran, hay que *ayudarlas* a que rectifiquen sus errores y no a reprimirlas. Estas clases también están efectivamente oprimidas por la burguesía y eventualmente explotadas por ella; están, por consiguiente llamadas a rebelarse contra las relaciones sociales burguesas; el proletariado debe guiarlas en esta rebelión porque, *en el mundo actual*, esta rebelión conduce necesariamente a las clases populares, si se les ayuda política e ideológicamente, a situarse en *posiciones del proletariado.* Precisamente es lo que sucede en el caso del campesinado pobre y medio; en un determinado momento este último se ve conducido, si el proletariado mantiene con él relaciones políticas, ideológicas y económicas justas, a luchar por el socialismo; en una lucha de este tipo, esas capas del campesinado intervienen en tanto que fuerzas sociales ideológica y políticamente *proletarizadas.* De este modo es como las masas del campesinado chino han entrado en la vía del socialismo.

En resumen, el término de «poder proletario» designa el papel político e ideológico dominante desempeñado por el proletariado en el seno de una formación social determinada. Este papel es indudablemente el del proletariado de cada país, pero también es el del proletariado mundial, cuyas luchas han producido el marxismo-leninismo y la ideología revolucionaria proletaria. Las lecciones teóricas y prác-

ticas extraídas de las luchas del proletariado mundial son las que constituyen el contenido del marxismo-leninismo actualmente. Ese contenido se convierte en un agente dominante de transformación social cuando penetra en las masas y es transmitido y desarrollado por un partido proletario.

Unicamente el papel dirigente de un partido de ese tipo, cuya acción y formas de organización han incorporado al conjunto de los conocimientos adquiridos por el proletariado a través de sus combates revolucionarios, puede asegurar no solamente el *derrocamiento de la burguesía,* sino también la *conservación del poder* por el proletariado.

La lucha de clases bajo la dictadura del proletariado.

La existencia en un momento dado de un partido cuya acción y formas de organización han incorporado el conjunto de los conocimientos adquiridos por el proletariado a través de sus combates revolucionarios no garantiza de «forma definitiva» frente a un abandono de la vía socialista. La única «garantía» del avance por la vía del socialismo es la capacidad real del partido dirigente de no separarse de las masas. Esta capacidad debe ser constantemente *renovada,* lo que también implica la renovación del partido y un esfuerzo perseverante para evitar la repetición estéril de fórmulas fabricadas, para analizar concreta-

mente cada nueva situación, siempre diferente de todas las demás. Esta capacidad exige a su vez que el partido del proletariado *continúe siendo realmente* el servidor de las masas trabajadoras, que sepa extraer la lección de todas sus iniciativas revolucionarias, protegiendo a esas iniciativas y ayudando a desarrollarlas.

Sin cumplir estos requisitos, ningún partido dirigente puede conducir duraderamente a victorias sobre la vía socialista; si no cumple con esos requisitos efectivamente no podría evitar que su línea política cese de ser una línea proletaria y que finalmente la burguesía se apodere de su dirección y la transforme de instrumento de la dictadura del proletariado en instrumento de la dictadura de la burguesía. Esta última puede por otra parte presentarse, más o menos provisionalmente, bajo los rasgos de una «burguesía de Estado». Por tanto sería incurrir en una grave ilusión creer que la lucha de clases «finaliza» con la toma del poder por el proletariado y con la nacionalización o colectivización de los medios de producción. Esta lucha no se termina de ese modo; simplemente adopta *formas* nuevas.

Lo que hace objetivamente posible y necesaria la prosecución de la lucha de clases en las condiciones de la dictadura del proletariado, no es solamente la existencia de lo que frecuentemente se ha denominado «residuos de las antiguas clases explotadoras», sino también, e incluso sobre todo, la existencia, y por tanto, la reproducción de las antiguas relaciones económicas, ideológicas y políticas, de esas

relaciones que no han podido ser «abolidas» de la noche a la mañana y que no pueden ser *destruidas y sustituidas* por otras, sino al término de largas luchas. Estas relaciones sociales —ligadas a la división social burguesa del trabajo, a la separación del trabajo manual y del trabajo intelectual, de tareas de dirección y tareas de ejecución, a las formas de separación, específicas de la ciencia burguesa, de conocimientos teóricos y de saber práctico, *a las formas de representación producidas por esas separaciones* (y la *forma valor* es una de esas formas), a las formas ideológicas que se reproducen sobre esta base, etc.— constituyen la *base objetiva* que permite a una minoría de no productores explotar a una mayoría de productores y que hacen posible la pérdida del poder por el proletariado. Esas relaciones se reproducen durante un período histórico que perdura después de la toma del poder; este período no puede por otra parte finalizar antes de que el socialismo haya sido *establecido a escala mundial.*

La pérdida del poder por el proletariado no tiene por qué ser necesariamente el resultado de una lucha física violenta. La ideología revolucionaria del proletariado (al ser un elemento esencial del poder proletario, la lucha ideológica de clase es también un elemento esencial de la lucha por el poder y por su conservación; esto explica el debilitamiento del papel de la ideología proletaria y los errores, que este debilitamiento implica, pueden crear condiciones que permitan a fuerzas sociales bur-

guesas desarrollarse, consolidarse, ganar en influencia y, finalmente, hacerse con la dirección del partido y del Estado, es decir, reconquistar el poder.

Para hacer frente a tal peligro, ni las armas de la represión, ni la simple «fidelidad» verbal y dogmática estereotipada en fórmulas vacías resultan realmente útiles. Para hacer frente a tal peligro hay que desarrollar incesantemente de forma viva la ideología del proletariado, ayudar mediante una práctica social adecuada a la penetración cada vez más profunda de esta ideología en el conjunto de las masas trabajadoras, y ayudar a éstas a *rebelarse* contra las antiguas relaciones sociales y contra los «valores» a través de los cuales la explotación y la opresión son «aceptadas» por las masas. Unicamente de este modo puede progresivamente destruirse la primacía que las sociedades de clase han conferido a los intereses individuales y particulares, de tal modo que el primer lugar sea ocupado por la solidaridad proletaria y por la voluntad de colocar sus fuerzas y su trabajo al servicio de la edificación de una sociedad completamente nueva. Nada de esto puede obtenerse mediante la constricción y la represión. En este caso lo que realmente resulta necesario es una práctica revolucionaria, hay que proporcionar ejemplos concretos, una libre discusión y una discusión que no se limite a unos cuantos dirigentes, sino que, por el contrario, se extienda al conjunto del partido y de las masas trabajadoras, arrastrando a estas últimas, mediante la per-

suasión y por la acción, hacia posiciones ideológicas proletarias cada vez más claras.

Tal es el sentido concreto de la lucha ideológica proletaria de clase. La cual no tiene nada que ver con la repetición de fórmulas estereotipadas y con los anatemas pronunciados en nombre de algunos principios cortados de la realidad y de la práctica.

Hay que insistir en el hecho de que tal lucha ideológica de clase no puede ser puramente «espontánea», debido a la relación que debe constantemente mantener con la práctica y la teoría revolucionaria mundiales que se presentan históricamente bajo la forma del marxismo-leninismo. Esta lucha y la edificación del socialismo son imposibles sobre la base exclusiva de «concepciones espontáneas» de las clases explotadas y oprimidas. Esas concepciones, como se sabe, han sido en una amplia medida *impuestas* a esas clases por las antiguas clases explotadoras y dominantes. La rebelión contra esas concepciones por sí sola, por muy necesaria que sea, no basta para *sustituirlas* por las concepciones revolucionarias del proletariado. Precisamente esto es lo que convierte en indispensable una organización que sea portadora de esas concepciones y que al mismo tiempo asegure le difusión en el seno de las masas y el desarrollo creador, a través de las luchas de clases y de un análisis crítico continuo del conjunto de las prácticas sociales.

El papel de un partido revolucionario no podría ser el de un pretendido «guía infalible» o el de una supuesta «élite». No es ni puede

ser un «representante» de la clase obrera y de las masas populares que están aliadas a aquélla. Tampoco podría ser un «sustituto» de la clase obrera y de las masas populares; sólo puede ser el *instrumento* del poder de los trabajadores. Su papel consiste en ser una organización que «realice» la ideología revolucionaria y que desarrolle prácticas conforme a esta ideología, una organización que se ponga al servicio de las masas estando constantemente dispuesta a aprender de ellas. Unicamente una organización de este tipo puede garantizar que la teoría revolucionaria del proletariado no se transforme en un dogma, sino que, por el contrario, constituya un arma que permita hacer frente a los intentos de reconquista del poder por nuevas capas privilegiadas. En mi opinión, en esto consiste una de las grandes lecciones del estilo de dirección del Partido Comunista chino y una de las más profundas significaciones de la Revolución Cultural en China.

VII. COMENTARIO FINAL

Paul M. Sweezy

Con el trabajo anterior concluye nuestra discusión sobre la transición al socialismo. Estoy de acuerdo con Charles Bettelheim en que hemos realizado importantes progresos en la superación de nuestras diferencias iniciales. Con toda probabilidad estará de acuerdo conmigo en que todavía quedan importantes cuestiones por estudiar. Esto requerirá un mayor esfuerzo de comprensión de las experiencias revolucionarias conocidas hasta el momento y exigirá posteriores discusiones.

CALCULO ECONOMICO Y FORMAS DE PROPIEDAD

CHARLES BETTELHEIM

El autor intenta demostrar en su obra que en las formaciones sociales en transición hacia el socialismo continúan existiendo, junto a relaciones socialistas, relaciones capitalistas a todos los niveles: económico, social, político e ideológico. Lo que lleva al autor a observar una clara desviación entre la realidad que ofrecen los «países socialistas» y las proposiciones teóricas formuladas por los clásicos del marxismo sobre el modo de producción capitalista.

ECONOMIA DEL BIENESTAR Y ECONOMIA DEL SOCIALISMO

MAURICE DOBB

En la primera parte de la obra aclara el sentido y la importancia de las proposiciones básicas de la economía del bienestar, vistas desde una perspectiva histórica. Dedica la segunda parte a un riguroso estudio de la metodología y práctica de la planificación socialista dentro del marco de la economía del bienestar, criterios que se han vuelto indispensables, en cierta forma, para la planificación socialista debido a la intensa atención que se aprecia en los países de Europa oriental hacia la satisfacción de las necesidades de los consumidores y a asegurar la elección de planes óptimos y congruentes.

LAS LUCHAS CAMPESINAS DEL SIGLO XX

ERIC R. WOLF

El autor —profesor de antropología en la Universidad de Michigan— presenta seis casos de rebelión y revolución de nuestro tiempo en que los campesinos han tomado la iniciativa: México, Rusia, China, Vietnam, Argelia y Cuba. Su propósito es señalar los aspectos coincidentes y explicar las diferencias estratégicas de estos procesos revolucionarios.

EL AÑO I DE LA REVOLUCION RUSA

VICTOR-SERGE

Víctor-Serge, que participó en la revolución rusa, describe en este libro los acontecimientos y procesos principales que tuvieron lugar en Rusia durante los primeros doce meses que siguieron al triunfo de la revolución bolchevique. Su interpretación y análisis, así como el reconocido talento de escritor y narrador de Víctor-Serge, convierten este libro en uno de los frescos históricos más bellos que se hayan escrito en el siglo XX.

Baran, P. A., y Sweezy, P. M.
«El capital monopolista».

Dobb, M.:
«Estudios sobre el desarrollo del capitalismo».

Emmanuel, A.:
«El intercambio desigual».

Emmanuel, A.; Bettelheim, C.; Amin, S., y Palloix, C.:
«Imperialismo y comercio internacional. El intercambio desigual».

Gang, P., y Reiche, R.:
«Modelos de revolución colonial».

Lê Châu:
«Del feudalismo al colonialismo: la economía del Vietnam del Norte».

Strauss, E.:
«La agricultura soviética en perspectiva».

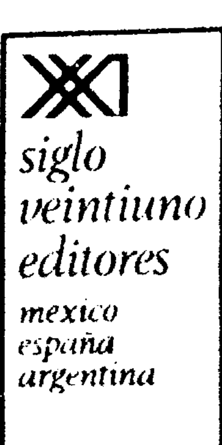
Poulantzas, N.:
«Poder político y clases sociales en el estado capitalista».

Poulantzas, N.:
«Fascismo y dictadura».

Miliband, R.:
«El estado en la sociedad capitalista».

Agnoli, J., y Brückner, P.:
«La transformación de la democracia».

Lowy, M.:
«La teoría de la revolución en el joven Marx»



El interés de los textos incluidos en este libro desborda ampliamente el objeto en torno al cual fueron inicialmente planteados. El punto de partida lo constituye un ensayo de explicación de la invasión soviética a Checoslovaquia, que Paul M. Sweezy publicara en la **Monthly Review**, ensayo que provoca una viva y rica discusión de este autor con Charles Bettelheim. La explicación de tal acontecimiento remite inmediatamente a estos autores a un campo mucho más vasto de problemas, sólo en cuyo marco es posible comenzar a hacer el análisis concreto de aquella situación concreta; siguiendo a Bettelheim, podríamos definir este terreno como el de la teoría de las formaciones sociales en transición entre el capitalismo y el socialismo.

Hoy el análisis de los problemas de las llamadas sociedades socialistas se está revelando como un objetivo teórico fundamental. Los textos que se incluyen en este volumen contienen valiosas indicaciones teóricas para el estudio de estas sociedades en transición. No pueden leerse como exposiciones teóricas acabadas —lo que su misma forma desautoriza—, sino como protocolos de un trabajo teórico que se encuentra en sus inicios.

Sobre este mismo tema, Siglo XXI Editores ha publicado recientemente la obra de Charles Bettelheim **Cálculo económico y formas de propiedad.**